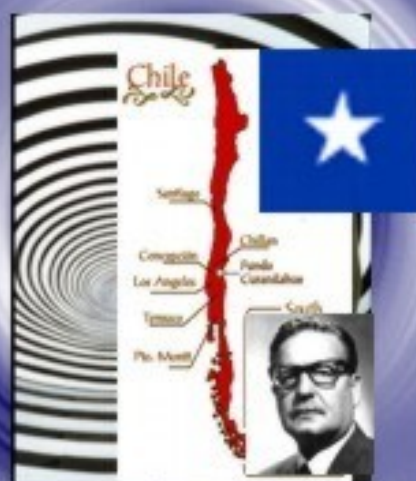


# Cuentos y Memorias de Chile



Héctor Gorla

---

**CUENTOS Y MEMORIAS DE CHILE \_**  
**(1971 - 1974)\_**  
*Héctor Gorla*

---

Titulo Original

**CUENTOS Y MEMORIAS DE CHILE \_**  
**(1971 - 1974)\_**

Autor:  
**HÉCTOR GORLA**

---

## INDICE

---

- **Prólogo** de Miriam Chepsy (13 de diciembre de 2007)
  - Cuento: **1971**. (Julio de 2002)
  - Cuento: **Peggy y el cadáver del presidente**. (3 de agosto de 2002)
  - Cuento: **Verdemar**. (Septiembre de 2002)
  - Memoria: **La gaviota de oro que llegó tarde**. (23 de septiembre de 2003)
  - Cuento: **Doctor Donoso**. (Febrero-Abril 2004)
  - Memoria-cuento: **Momento de una mujer sola y un niño**. (18 de agosto de 2004)
  - Cuento: **La ley de Moraga (el que la hace la paga)**. (26 de junio de 2004)
  - Memoria: **Muerte de un músico**
-

Prólogo al libro "Cuentos y Memorias de Chile" de Héctor Gorla

Miriam Chepsy

Si el escritor fuera el reflejo de su obra, podría imaginar a Héctor Gorla como un ser ordenado, minucioso, por la manera de manejar el idioma, por el cuidado en la elección de las palabras que utiliza, por la forma limpia, clara, de enlazarlas.

Si el escritor fuera reflejo de su obra, podría imaginar a Héctor Gorla como una persona culta, de inagotable memoria, donde atesora datos y citas que introduce en forma natural, espontánea, haciéndonos sentir que son parte inevitable del texto.

Si el escritor fuera reflejo de su obra, podría imaginar a un Héctor Gorla para el que el amor es algo que se insinúa, pero que no se resuelve, como una quimera que desaparece en la sombra, que se pierde, y para quien los sentimientos, las pasiones se ven envueltas en alguna situación donde aparece la dualidad, la duda, el engaño, como nos lo expresa en **1971**, en **Doctor Donoso**, en **Verdemar**, en **Momento de una mujer sola y un niño...**

Pero el escritor no es reflejo de su obra, aunque se lo sienta latir en los intersticios del texto, aunque quiera el lector imaginarlo a través de sus personajes. El autor crea, trasmuta, modela.

Estos "**Cuentos y Memorias de Chile**" corresponden a las vivencias del autor en Valparaíso, entre sus diez y sus flamantes diecisiete años, por eso impresionan las imágenes, porque no parecen haber quedado fijadas en una mirada adolescente, sino ser la visión de quien las ha vivido con tanta madurez como quien las recuerda.

Pero no es extraño que eso sea así. Cuando nos dice en **Muerte de un músico**: "*Mientras él dormía, yo me encargaba de que el cuarto estuviera en la mayor oscuridad, suspendía frazadas en las ventanas y le aseguraba un silencio cómplice para el reposo, y también iba al colegio, comía, amaba, crecía, extrañaba mi ciudad y descubría el sexo (sospecho que él estaba enterado de todo eso...)*", nos muestra cómo cuidaba, comprendía, participaba de la vida de ese primer Héctor Gorla, virtuoso del bandoneón y del piano, que es lo que lo hizo tan prematuramente responsable, y cómo creció libremente, siendo casi niño, rodeado del mundo de la noche y eso lo hizo penetrar ya entonces en las sombras habitualmente ocultas de las almas, lo que él vio cobrar vida en esas noches de Valparaíso, en esas noches de su padre.

En ese mismo relato nos cuenta su vuelta a Chile, quince años después de su partida, cuando viajó, acompañado por su mujer y sus dos hijos chiquitos, al encuentro de su padre inerte, envuelto en el torbellino de su vida y en esa narración nos imaginamos al hijo, a su mujer, a los niños, vestidos de blanco en medio de los grises y los negros de los personajes que pueblan el libro.

También sus textos nos muestran a un joven que vivía intensamente su vida adolescente, palpitando, encaramado a los árboles cual mono para ver el Festival de la Canción de Viña del mar, como nos relata en otro texto autobiográfico, ***La gaviota de oro***. La fuerza de la emoción que sintió al escuchar *Donnez mois le temps*, que debió ganar pero no ganó, todavía parece embargar al escritor que la revive y nos lo cuenta

Hasta aquí las remembranzas confesas, hasta aquí el escritor-persona que nos muestra sus sentimientos, sus vivencias, aunque abre apenas una hendidura por la que se cuelan sus intensos recuerdos.

En el resto de los relatos, es imposible saber qué es ficción pura, cuánto hay de realidad transmutada y cuánto de reminiscencias enmascaradas. Aquí intentaremos encontrar los senderos que nos permitan recorrer su mundo imaginario, el que puebla este tomo de cuentos, y descubrir las claves de su forma de esculpir los textos...

Entre los años ahora evocados y el escritor que los narra, hay una vida, pero sobre todo un corte, y ese corte coincidió con el golpe militar en Chile, como si todos los problemas personales, familiares, hubieran catalizado en esa situación de violencia política y social, de la que tanto escribió a poco de volver a su Buenos Aires --añorado pero también duro, frío, como lo canta en algún poema-- en ***“El asesinato del Régimen”***, como lo menciona de una manera u otra en todos los cuentos de este libro, como nos lo hace vivir en la aventura revolucionaria de ***Peggy y el cadáver presidente*** y por fin, como nos introduce en sus miserias en un magnífico relato: ***La ley de Moraga***, donde contrapone a la degradación moral del guardia, la altura moral de su antiguo maestro. El azar hizo que cayera en manos de su alumno de pocas luces, el que siempre necesitó su protección y su apoyo. Este personaje tan débil, que ahora se siente fuerte al amparo de sus botas, tiene a su merced la vida de quien fuera su mentor. A pesar de que todavía lo respeta en el recuerdo de aquellos tiempos, el destino hace que cumpla el rol que le ha tocado jugar, su inevitable papel de verdugo.

En esta historia hay un alarde en la estructura en forma de diálogos, en los que se van definiendo en profundidad las personalidades y las circunstancias. Y donde el final logra el desenlace, a través del valor de la palabra, de la fuerza de esa frase: *“No debo matar al prójimo”* repetida y repetida, mil veces repetida... como un acto de obediencia a su antiguo maestro, como acto liberador de su culpa, y por fin, esa última frase en la

que nos dice “...y ya no había j que no tuviera su sombrerito de punto”. Toda la sordidez de un sistema, de una situación, contrapuesta a este remate en el que la caligrafía simboliza, de algún modo la luz, los valores perdidos...

En *Peggy y el cadáver del presidente*, se narra un hecho dramático, la incursión de un grupo de jóvenes dispuestos a violar la tumba y fotografiar el cadáver de Allende. Este relato nos muestra, sintéticamente, con certeras pinceladas, a Peggy, sus reuniones y sus conversaciones en el contexto de su familia, contraponiendo su actitud a la de las hermanas, ajenas a toda actividad política. Simbolizan así, de algún modo, los dos Chiles, el que resistía y el que no quería ver lo que estaba ocurriendo. También nos hace sentir la fuerza del toque de queda y luego, una certera descripción nos ubica en el camino al cementerio y en el cementerio propiamente dicho, donde el grupo se mueve como sombras en la noche, hasta la irrupción del ruido y la luz delatora del flash, el desbande, la persecución y las muertes.

Se desarrolla la escena en forma casi cinematográfica, imágenes, sonidos, cortos diálogos, nos hacen compartir la tensión de esa larga noche, cuando Peggy logra sobrevivir entre las tumbas al asedio de las patrullas y volver a su casa, a su familia, que la salvó de la muerte apoyando su huida, como si la unidad familiar superara la cisura social y política, el tajo que dividía en dos a ese país.

Y el final, muy gorliano, baja como al principio del relato la tensión a cero, evocando una Peggy presumiblemente escondida en el interior de una burguesa señora de pueblo asturiano...y sólo un recuerdo simbólico de los tiempos heroicos de la resistencia, las flores rojas flotando sobre el Océano Pacífico, lo único que quedó, después de los muertos y de la necesaria huida.

En los cuatro relatos que apuntábamos en los primeros párrafos, percibimos la dualidad en la que se mueven los personajes femeninos: las miradas de Julia a su vecino adolescente, el instante de placidez compartido de Marisa con el argentino, las mentiras de Laura-Dafne. Las equívocas actitudes de la mujer sola, en el trato con el niño, se nos revelan a través de la intencionada forma con la que el autor nos narra la acción: la escena de la merienda en la casa se explica como algo normal, pero al mismo tiempo, los datos sutiles que nos aporta, como el pelo suelto, la cara sin los anteojos, la forma de acercarse..., nos insinúan un fondo de lascivia tras el aparente interés maternal...

Y en cada uno de esos relatos, una situación externa, violenta, extrema, cambia el sentido del vector de la vida de los personajes y los separa. La importancia de esos momentos: el terremoto en **1971**, la pelea y la muerte de Marisa en *Verdemar*, las escenas, en el baño y en la calle, en las que se revela la verdad de Laura-Dafne en *Doctor Donoso*, la

irrupción del padre del niño en **Momento de una mujer sola y un niño**, se extienden, se adjetivan, no podemos olvidarlos, porque se marcan en la narración como algo crucial.

En **1971** lo logra con la multiplicación de verbos o adjetivos, prolongando inevitablemente nuestra atención, haciéndonos sentir la fuerza de lo que nos quiere expresar: *"El estruendo se acercaba, subía, amenazaba... el animal quebraba, rompía, desmembraba, dividía, desplomaba..."* En **Verdemar**, la minuciosidad y el dramatismo de la descripción de Marisa, *"tirada en un rincón, con la ropa interior desgajada, agazapada en un intento desesperado de protegerse.....Vio la sangre en las piernas de la muchacha, la cara amoratada, un ojo cerrado a medias, sus brazos trémulos"*, nos hace sentir el nivel de brutalidad de ese hombre, el choro, *"de pie, imponente, que blandía el cinturón con la hebilla al aire"*, entender la reacción del argentino, la de Marisa y su muerte... En **Doctor Donoso**, utiliza una imagen certera: *"Un odio nuevo se le atragantó en la glotis, destinado al sacamuelas diletante del alcohol..."* cuando corporiza ese odio que lo atenaza, y en **Momento de una mujer sola y un niño** leemos que *"la voz de su padre llegó a él desde la puerta de calle, alterada y enérgica, en un incremento resonante que caracterizaba otro de sus progresivos ataques de ira"*, donde la expresión *"incremento resonante"* amplifica el efecto de ese *in crescendo*. Así es como Gorla, en cada uno de estos relatos, nos hace sentir el dramatismo de la situación, nos la hace sentir como una de esas situaciones que marcan para siempre la vida de los que las padecen.

Hasta ahora hemos hablado de los dramas humanos, pero nada de los escenarios en los que cobran vida. El autor, cual acomodador de cine, nos detiene en una escena, cuando alumbra el sitio exacto en que transcurre: el agujero en la pared a través del que espía en **Verdemar**, o las maquinitas del flipper donde sube la temperatura de los diálogos en **1971**, o la mesita con las fotos en **Momento de una mujer sola y un niño**. En ese preciso instante, apunta detalles, formas, luces, colores...

Sin embargo, en **Doctor Donoso**, la boíte donde Dafne, la Laura del relato, despliega sus encantos de striptisera, se describe con minuciosidad el ambiente, uno se ve inmerso en ese salón enorme y penumbroso. Ese local, "Las tinajas", es también protagonista de la historia. La precisión con que está descrito el mostrador, las cortinas, el efecto de las luces...nos demuestra que cuando no lo hace, no es porque no sea sensible al espacio que lo rodea, es porque esos otros ámbitos, que intuimos neutros o anodinos, por sí mismos no agregan nada a su historia. .

Siempre encontramos también diálogos, a veces mínimos, a veces prolongándose y desarrollando toda una escena. El escritor logra, así, cambiar el ritmo de la lectura y nos hace detener, aunque sea un instante, para fijar la atención en esa situación que, de este modo, se está precisando, jerarquizando.

Y, a lo largo de los textos, surgen citas que nos revelan una reflexión que da mayor contenido a la escena, desde una transcripción del poema "*Siempre*" de *Pablo Neruda*, hasta la referencia a los mares de las acuarelas de Turner en ***Doctor Donoso*** o cuando nos cuenta : "*Tardamos diecisiete largas y polvorientas horas en llegar a Mendoza; Borges ya lo dijo: 'la vida es corta, aunque las horas son tan largas'*", en ***Muerte de un músico***, donde más adelante afirma: "*Eso que estaba ahí era 'El grito', de Munch, y profería alaridos que sólo eran audibles para él y para mí.*", reforzando la descripción que hace del cadáver y dando una imagen concreta, terrible, de referencia en esta escena donde expresa cómo él siente su relación, única, irrepetible, con el muerto.

Así enriquece Gorla las situaciones, el clima de su relato, mediante estas citas y nos hace disfrutar de una evocación que siempre se inserta de modo natural, que nunca aparece como un alarde, y que resulta un guiño para el lector que puede compartir con el autor su disfrute.

Algo que también atrae, a medida que nos adentramos a lo largo del libro, son las expresiones que introducen relaciones creativas, como cuando leemos en la escena de la pelea entre el choro y el argentino en ***Verdemar***: "*El cuchillo mutilaba el aire con soltura*", o cuando el personaje reflexiona en ***Doctor Donoso*** sobre la complejidad del tiempo a través de esta analogía insólita: "*Se dijo que el tiempo no era una secuencia, que era mucho más que una suma de eventos unidos por las cosas y las personas, que el tiempo era la pelotita de acero de un flipper Bally/Williams y podía saltar en las bandas históricamente, subir o bajar por los pasillos, agitarse en los bumpers, ocultarse en los raíles de 50 créditos o perderse para siempre en el pozo fatal*" , y en la que hace una referencia cómplice a su **1971** donde esas pelotitas de acero tienen un papel.

Así, en estos "***Cuentos y memorias de Chile***", Héctor Gorla nos transmite, a partir de su mirada incisiva, de su capacidad de disecar a los hombres y mujeres que se cruzaron en su camino, y de su imaginación, capaz de iluminar lo que observa y crear a partir de esa mirada un mundo propio, una serie de personajes, situaciones, lugares, que nacen de sus recuerdos transmutados, de esas experiencias vividas en Valparaíso --32° 47´S, 71° 32´W— Chile, entre 1968 y 1974.

En A Coruña --43° 19 N, 8° 36´ W— España, a 13 de Diciembre de 2007



1971.

La pensión estaba cerca de la avenida, a la vuelta del cine Velarde. El cine estaba cerca de la iglesia, a unas cuadras de la plaza. De la plaza luego en ruinas, del cine cuyas paredes se cayeron, de la iglesia que perdió la cúpula y el frontispicio. La pensión misma se convirtió en una ruina informe, en un amasijo de polvo y ladrillos. Pero muchos vivimos ahí hasta la noche que referiré, atrapados momentáneamente en una vecindad cuya precariedad padecíamos y disfrutábamos al mismo tiempo.

Julia era hermosa, delicada, joven. Los que habitábamos en el tercer piso de la pensión (en un país donde la planta baja se cuenta como primer piso) la veíamos ir de su cuarto a la cocina común, de ahí al baño compartido, y regresar a su pieza con el porte y la gracilidad de una gacela. De una gacela recelosa, inquieta: sus ojos delataban su recóndita perturbación por tener que compartir con extraños una parte de su intimidad. En una pensión sabemos lo que come la vecina, estamos al tanto de sus necesidades fisiológicas, no ignoramos sus indisposiciones menstruales. Particularmente, me maravillaba ver a Julia recién duchada, y siempre encontraba un pretexto para cruzarla en el pasillo cuando pasaba con el cabello húmedo, renegrido y brillante, en la larga y rosada salida de baño en que se arrebuja, con la toalla y los productos de tocador en la mano.

Ernesto, en cambio, difícilmente podía identificarse como el marido de Julia, pero la maravillosa vida suele unir de tarde en tarde a dos seres tan profundamente disímiles. La desigualdad comenzaba en lo estético, seguía en lo cultural, se sublimaba en lo moral. Él era bajo, gordinflón, estaba en vísperas de una calvicie impostergable, mostraba rastros de viruela, era poco afecto a la higiene, descuidaba sus dientes. No se le conocía oficio, se veía a las claras que no trabajaba, alguien lo singularizó como a un ocasional ratero. Julia era la antípoda de aquel hombre con el que dormía cada noche: pulcra, metódica, hacendosa, dedicada a su trabajo, hacia el que salía a las siete y cuarto de la mañana de lunes a sábado. Volvía a eso de las siete de la tarde, y se apresuraba al ir a comprar comestibles para la cena. La veíamos desplegar a esa hora una inquieta actividad, lavando, acomodando su ropa en el tendedero casi lleno, cocinando en una hornalla disponible. Las vecinas le habían ofrecido muchas veces hacerle las compras, pero Julia se negaba gentilmente a esa clase de confianza, entre sonrisas tímidas y palabras desmañadas.

Su timidez era más notoria cuando se yuxtaponía a la extroversión de Ernesto, cuyo vozarrón era el único indicio audible que provenía de la pieza 31. Desde mi pieza, pegadita a la de ellos, lo escuchaba reír, vociferar, gritar, insultarla, susurrarle, gozarla en la madrugada, y mis

alertas jamás descubrieron una reacción de parte de ella. Era como si ahí viviera un esquizofrénico que imaginaba la vida junto a una hermosa mujer, que no era más que una sombra. Con el tiempo descubrí que el maniático era yo, tratando de adivinarla en sus silencios, sospechándola en su callado placer sexual, creyéndola aturdida por los gritos de él, suponiéndola dormida.

Ernesto pasaba muchas horas en el local de flippers de la avenida. Ahí superamos por primera vez el parco saludo que nos dedicábamos en la pensión. Mis incursiones por aquel negocio se hicieron más frecuentes después de conocerlo, pues desde el primer momento comprendí que era muy poco aquello sobre lo que mi vecino podía mantener una viril reserva. Pronto descubrí que uno de sus temas predilectos era el cuerpo y la sexualidad de su mujer, y si he de ser sincero, reconoceré que jamás desalenté sus confesiones enfermizas, aunque me disgustaba hasta la furia la forma grosera en que se regodeaba con las infidencias.

Si el cuerpo de Julia era excitante, los ojos enamoraban. Pocas veces he visto un verde tan intenso, tan claro, tan profundo. Todos los verdes del universo se habían congregado en ese breve espacio del mundo. Era un color que no he visto repetido en ninguna creación de la naturaleza, por grande o pequeña que pudiera ser. Y si el deleite que provocaba admirar su cuerpo provenía de atisbos furtivos o de las meticulosas descripciones de su marido (es decir, de robos), su mirada, en cambio, era el regalo voluntario y magnánimo de Julia, cuando decidía proporcionar una caricia de luz selvática, marina.

No tenía caso indagarse acerca de las cualidades con que Ernesto podía retenerla a su lado, enamoradísima, sumisa, entregada; las motivaciones simples podían dejarse de lado rotundamente, pues a la edad que yo tenía entonces los hombres ya hemos superado con largueza los complejos y los raciocinios fálicos, y fatalmente entendemos, como Balzac, que el corazón femenino no puede ser explicado así de fácil. Lo cierto era que viéndola junto a él, la más incipiente intención de seducirla caía en desgracia, herida de muerte.

--Tú has notado el culito divino que tiene la Julia, ¿no? --disparó Ernesto con impiedad, en la mitad de una competencia de flipper.

Había que reconocer en ese personaje detestable una inusual destreza, relacionada con el manejo de las lúdicas maquinitas. La bolita de acero se encabritaba bajo el vidrio, e impulsada por las maniobras diestras de sus morcillescos dedos, subía hasta los hongos eléctricos y ahí se alborotaba y sumaba puntos, durante minutos que para el dueño del local eran interminables. Era capaz de balancear el artefacto de forma tan conveniente que lograba despejarlo del suelo sin que hiciera "tilt"; podía mantenerse con la primera bolita durante el tiempo que quisiera, y no había

forma de distraerlo para que perdiera el tiro. Consecuentemente, jugar una partida con Ernesto equivalía a insertar numerosas fichas en la ranura del jugador número dos, y constatar, media hora después, que él jugaba todavía con la primera bolita de acero, y que el puntaje acumulado le permitiría continuar así por mucho tiempo más.

Cuando tomó confianza...

--No, no me he fijado --le respondí la primera vez, y eso lo alentó a explayarse acerca de los glúteos de Julia.

--Si, ya me di cuenta --le contesté unos días más tarde, y platicamos sobre los mencionados glúteos como si fuesen para él ajenos, codiciados, inaccesibles.

Cuando tomó confianza con los chicos que hasta entonces se consideraban expertos en flipper, comenzó a sentirse admirado, esperado, requerido. Iba de máquina en máquina ofreciendo sus servicios a los incautos muchachotes, que le entregaban una ficha y el resto del dinero que llevaban a cambio de media hora de su maestría en una máquina pactada, que él cedía al final con una puntuación equivalente a muchísimas partidas. Así todos ganaban, exceptuando al dueño del local, que un buen día descubrió la maniobra. Yo estuve allí cuando el gigantón lo amenazó con una cuchilla, prometiendo enterrársela si volvía a poner los pies en su negocio. Dos semanas después ambos hombres llegaron a un compromiso de caballeros, por el cual Ernesto aceptaría desafíos de los porfiados jugadores, y sería resarcido con un porcentaje proporcionado por el hombre de la cuchilla. Así, todos ganarían.

Sabía que era imposible ganarle una partida de flipper, y tampoco me interesaba intentarlo seriamente. Sabía que también era imposible arrebatarse a Julia, sus ojos, su cuerpo, y en eso no pensaba. Con el paso de los días, de las semanas, terminé por habituarme a la procacidad de su conversación, y adecuarle a esa modalidad expresiva. Entre bolita y bolita, jugábamos un juego sexual de altísimo voltaje, con una Julia que presumiblemente ignoraba todo. Yo supe los pormenores de la manera en que Ernesto le hacía el amor, o deseaba hacérselo. Él se enteró paulatinamente, fatalmente, del modo en que yo anhelaba amarla.

En el clímax de nuestras charlas sucias sus ojos brillaban con intensidad, la frente se le humedecía, la bolita de acero escapaba de su dominio. Cuando caí en la cuenta de que esa era la forma de sabotear sus tiros, intenté morigerar la minuciosidad de mis confesas fantasías, porque no quería que disminuyeran su confianza y su locuacidad. Hacia las últimas partidas de flipper desnudábamos juntos a Julia con absoluta naturalidad, la doblegábamos sin tapujos, poseíamos su maravilloso cuerpo mediante

variantes que surgían al calor de las palabras, en medio del bullicio eléctrico y mecánico circundante.

Creo que Ernesto disfrutaba nuestra morbosidad en la misma medida en que yo la padecía. Mi sufrimiento seguramente se equiparaba con su deleite, del que quizá hacía partícipe a Julia. Eso lo ignoraba entonces, pero me subyugaba pensar que ella lo sabía todo.

Cuando llegó el invierno la frecuencia de nuestras partidas mermó ostensiblemente. Volvimos a intercambiar los lacónicos saludos de la pensión, cuando nos cruzábamos en los pasillos, en la cocina. Mientras tanto, mi relación con Julia había adquirido un carácter más amable, pues aunque las frases que eventualmente intercambiábamos no superaban la superficialidad de lo climático, lo político, lo chismoso, sus ojos me acariciaban cada vez con mayor detenimiento, con fruición menos encubierta. Supe entonces que el amor de la inconquistable mujer estaba en sus ojos, y que me lo entregaba secretamente desde sus verdes pupilas. Supe que jamás conocería el cuerpo de Julia, y que tendría que conformarme con lo que daba a entender en su mirada. Y ya no tuve dudas acerca de que mis desvelos amorios le habían sido revelados en la brutal y atormentada pasión de su esposo.

La noche en cuestión era apacible, estrellada. Había apagado temprano mi luz, y escuchaba en la cama las historias radiales de "La tercera oreja". Después la radio resultó inadecuada, y opté por el silencio que precedía a la medianoche, ennoblecido en la pensión por toses, ronquidos, señales sonoras de ambigua interpretación, suspiros y susurros. Los tragaluces abiertos apenas filtraban los sonidos, y las paredes de adobe rehuían aislarnos. El rechinar del viejo camastro de Ernesto y Julia me previno de la inminencia del amor, acompasado y lento en el principio. Otros instrumentos se incorporaron a aquella convulsiva sinfonía, pero nada indicaba que Julia estuviera allí, fogueando la excitación.

Abrí los ojos, miré el cuadrante luminoso del reloj, vi que marcaba las 11:04. Súbitamente el ruido ya no provenía de la habitación contigua sino de abajo, de las indefinibles entrañas de la tierra. El estruendo se acercaba, subía, amenazaba, parecía preanunciar a un animal furioso que trepaba la escalera del endeble edificio. Después percibí la pisada del animal, que movía la pieza, bamboleaba la lámpara en la claridad que ofrecía el tragaluz, sacudía objetos grandes y pequeños. Deslicé mi mano sobre la colcha para apartarla y levantarme, y la descubrí cubierta de adobe del cielorraso. El primer zarpazo del animal de la tierra había desprendido una parte de mi techo, y por ahí curioseaban las estrellas lejanas, extintas probablemente. Mi primer pensamiento fue inadecuado, torpe, inexplicable, pues me maravilló la luminosidad de las estrellas, que parecía alumbrar el escenario donde el animal quebraba, rompía, desmembraba, dividía, desplomaba.

La voz de Ernesto se superpuso al estruendo de la destrucción: dos veces lo escuché gritar la palabra "¡terremoto!". Salté de la cama y alcancé la puerta de la pieza, manoteando infructuosamente la perilla de la luz. No había luz, más que la de la noche. El animal acometía con ensordecedora saña sobre la ciudad toda; quité con enorme dificultad el pestillo e intenté abrir la puerta, pero no lo conseguí; sólo podía concentrarme en un pensamiento reflejo, el del fin del mundo. Luego supe que comprobado está que en un terremoto de escala 7,75 (Richter) los humanos pensamos en el fin del mundo.

Mi primera batalla con el animal fue por la puerta. Me esforcé para abrirla, pero el marco la comprimía tan ferozmente que no lo conseguí. Respiraba el polvo de la destrucción, en medio del estrépito que provocaban los materiales al deshacerse. Tuve la sensación de que el monstruo que nos atacaba sostenía el picaporte por el otro lado, impidiéndome salir. Y por un instante percibí la fatalidad de la muerte.

Permanecí pegado a la pared, creyéndome perdido, convencido de que esa calamidad sólo concluiría cuando hubiese logrado la perfecta destrucción. Súbitamente la estridencia se aplacó, el sismo amainó su furibunda embestida, el movimiento cesó. Un enérgico tirón en el picaporte consiguió que la puerta se abriera, liberándome a salvo, creí. Afuera, en el pasillo, la luz de la luna, proveniente de la galería donde tendíamos la ropa, iluminaba la niebla londinense de la polvareda. Se empezaban a escuchar gritos de angustia, pedidos de socorro.

Cuando mis ojos se adaptaron a esa espectral escena oí que la criatura, enardecida, volvía a la carga, bramando desde lo profundo. La estridencia fue mayor que antes, y la sacudida nos aterrorizó aún más. Los cristales de la galería estallaban uno detrás de otro, apedreados con vehemencia brutal por la infernal criatura de la tierra. Pensé con insistencia en el fin del mundo tal como lo conocía, y sentí la tristeza de la resignación.

En ese instante la bruma de la devastación se disipó frente a mis ojos, y vi que Ernesto y Julia estaban bajo el marco de su pieza, a metros de mí, completamente desnudos. En medio de la devastación, mis ojos se enfocaron en ella, porque quería irme de la vida con su imagen. Los cristales seguían explotando, y arrojaban fragmentos a nuestros pies, incluso contra nuestros cuerpos. Los espasmos del sismo eran violentísimos, y la estridencia alcanzaba niveles dolorosos. Me pregunté, creo, cuánto tiempo iba a resistir la construcción, antes de desplomarse en un montículo de materiales que sin duda haría las veces de nuestra tumba.

Pero Julia estaba ahí, junto a su esposo, desarropada. Fue el único instante de mi vida en que la violencia de la naturaleza, manifestada con su cólera absoluta y terminal, se mitigaba a sí misma con lo más bello que podía concebir, un cuerpo de mujer. Eran dos expresiones de la misma

fuerza, eran Van Gogh pintando sus campos de girasoles y Van Gogh cortándose la oreja.

No pude definir entonces a Julia desnuda, tampoco puedo ahora. Diría que era alta, blanca, firme, fresca, armónica, pero estos son sólo adjetivos, y no sirven. Cuando pienso en ese momento asocio a Julia con sustantivos, con entes conocidos como mar, sol, madrugada, lluvia, juventud, salud, arte, color, melodía, fruta, selva, sabor, brisa, tiempo, orgasmo, poesía, luna..., y aún esto es altamente equívoco y frustrante desde el punto de vista expresivo.

(También noté, después, cuando todo pasó, que el corazón femenino no puede ser explicado así de fácil.)

Ignoro el tiempo que estuvimos sumergidos en la tragedia y el éxtasis. Es un dato que podría indagar, pero no me daría la medida de la magia. Julia me miró indefensa, expuesta, mía. Creo que me miró por última vez. Y estoy convencido de que fue la embriaguez de sus ojos la que contuvo mi impulso de salir corriendo, ganar la escalera, alcanzar la calle, en contra de lo frecuentemente recomendado para situaciones así, en que la consigna es protegerse en el marco de una puerta. Después vi muchas puertas y muchos marcos en las ruinas de la ciudad, y cadáveres aferrados a esos maderos.

Cuando esta segunda fase del terremoto concluyó, dispusimos de sosiego para recoger algunas ropas e intentar descender a la calle. Esta operación demandó algunos minutos, porque la escalera prácticamente había desaparecido, al igual que los techos y muchas paredes. Mis vecinos de la 31 se fueron antes, yo observé una vez más el fulgurar de las estrellas desde lo que quedaba de mi pieza.

Dos días y dos noches dormimos en la calle. La tierra se acomodaba para volver a dormirse, y lo hacía con intranquilidad, con estremecimientos leves o no tan leves que nos sobresaltaban a toda hora. Nos instalamos en la calzada, lejos de las veredas, y compartimos frazadas, tazas con algún líquido caliente, palabras de ánimo, y una solidaridad que solamente surge y se exhibe en las grandes hecatombes.

Ernesto y Julia se fueron al día siguiente del cataclismo, muy temprano, a la casa de alguien que no había sido tan damnificado. Durante la noche estuvieron juntos, protegidos del frío por una enorme frazada que los envolvía confundiéndolos.

Poco a poco todos nos fuimos, polifurcamos el camino, iniciamos la curva del olvido, intentamos la reconstrucción con el recuento de los muertos aún fresco.

Durante unos meses volví a cruzarme en la avenida con Ernesto, con Ernesto y Julia, con Julia. Ella rehuía mirarme, y en su actitud asomaba el recuerdo de la noche del terremoto. Me exasperaba meditar acerca de que la fuerza de la tierra me había ofrecido el espectáculo de Julia desnuda, escamoteándome sus ojos. Después salieron de mi vida como habían entrado.

1971 fue el año del triunfo de la Unidad Popular, con el 51% de los votos. Allende leyó su primer discurso en el congreso, y se inició la vía chilena al socialismo. Fue el año de la nacionalización del cobre, se declaró el 11 de Julio como día de la Dignidad Nacional, se inició la estatización de la banca y del comercio exterior... Pablo Neruda recibió el premio Nóbel de Literatura, y junto a su amigo Salvador dio la vuelta olímpica en el Estadio Nacional, agradeciendo las flores que se arrojaban frente al auto descapotado desde donde saludaba a la muchedumbre eufórica. Fidel Castro visitó el país, y se quedó tres semanas. En diciembre, la oposición organizó la primera marcha de cacerolas vacías (un método de protesta recientemente redescubierto en otros contextos americanos), y la CIA empezó a agitar por todos los medios el fantasma del miedo al caos revolucionarios... 1971 fue el año del terremoto, de los muertos, del adobe, de las casas que rodaron en los cerros, y para mí fue el año de Julia...

Doce años pasaron desde entonces, y no volví a saber de ella. Una noche me pusieron en el compromiso de asistir a una fiesta de aniversario, a la que fui sin particular entusiasmo. La persona que me había llevado a esa reunión me libró a mi suerte, y deambulando por los salones atestados de rostros desconocidos descubrí a Julia en un rincón, intrusa y ajena tanto como yo. Conversamos de temas banales, y sin que lo notaran nuestros anfitriones nos fuimos juntos, solos, recónditos.

No era la misma, yo tampoco. Supe que Ernesto estaba cumpliendo sentencia por robo agravado en una cárcel del sur, y me contó que desde hacía cinco años estaban separados.

La calidez de la madrugada nos sorprendió caminando en dirección al mar; ya se oía el rumor de las olas, y a la luz de un farol pude volver a mirarme en sus ojos verdes, que seguían siendo los mismos.

Pero esa es otra historia.

Julio de 2002

## Peggy y el cadáver del presidente.

Azucena se quedó preocupada, sobre todo porque Peggy había tratado de tranquilizarla antes de irse. El beso de despedida la convenció de que algo malo sucedía o iba a suceder, desasosegándola. La angustiaba pensar que el toque de queda duraba de 6 de la tarde a 9 de la mañana, y Peggy se comportaba como si la vida siguiera su curso normal en el país. La muchacha era la más inteligente, la más espontánea, la más joven de sus tres hijas. Luisa, ya grande, había hecho y deshecho su vida dos o tres veces, estudiaba dactilografía, salía con un músico, no se metía en líos. Liliana, la del medio, casi no dejaba la casa, llevaba una vida recoleta, y sólo un novio púber y pertinaz le venía a recordar que no era una penitente. Luisa y Liliana nunca dieron problemas: sí mamá, bueno mamá, llego a tal hora, te hago las compras de camino a casa, me quedo con Juan mirando tele, salimos, entramos, estamos. Las dos trabajaban (nada importante), hacían lo que hay que hacer en la vida. Y nunca le levantaban la voz, faltaba más.

En cambio Peggy era un huracán, yo no sé a quien salió esta chica. El padre (que en paz descanse) era un hombre bueno, manso, pausado, enfermizo. Adoraba a su familia, pero siempre chocó emocionalmente con la menor, que parecía solazarse en llevarle la contra a alguien en cuya vida todo estaba en el sitio correcto. En esa época Azucena se divertía con las rabietas de su marido, y habitualmente terminaba amparando a Peggy de un castigo que nunca terminaba de llegar. Y fue Peggy la que no lloró con la orfandad, la que contuvo la ira, la que más ímpetu le contagió para seguir adelante, demostrando ya entonces su carácter animoso, bravo.

Cuando terminó el secundario empezó a hablar de cosas raras, a leer libros de dudosa procedencia, a juntarse con gente al menos "sospechosa". Sus amigos ya no eran los que se reunían a estudiar historia o física, reían, jugaban a las cartas, bromeaban estúpidamente. Estos otros tenían un aspecto grave, distintivo, bastante inquietante. No es que la barba les quedara mal a los muchachotes, o que el desenfado de las chicas la ofendiera. Azucena les servía café, y notaba el silencio que se producía cuando entraba en el comedor. Después, apoyaba la oreja en la puerta y los escuchaba discutiendo de espinosos y sesudos temas, y la voz de Peggy sobresalía y encauzaba la enigmática charla. Las otras hijas la urgían a echar sin más trámite a aquella gentuza de la casa, pero en realidad no daban motivo para eso, y a pesar de la pinta extraña llegó a darse cuenta de que eran buenas personas.

Frecuentemente hablaba Peggy sobre Marx, Engels, Lenin, y una tal Rosa de apellido difícil. Se hizo habitual oírla mencionar proletariado, lucha de clases, explotación, imperialismo, conciencia, plus no sé cuánto. Era



maravilloso ver cómo se enardecía cuando discutía con las hermanas acerca de política, o si alguien hablaba mal de presidente que ayer murió. Una mañana llegó al extremo de asegurar el carácter explotador de los “cogotudos” que usaban a su madre para que les limpiara la mierda, y entonces recibió su primer y único sopapo, porque la pega es sagrada, y Peggy tenía que aprenderlo de mocita.

Azucena no podía concebir que Peggy saliera a la calle a esa hora de la noche, con toque de queda efectivo. Iba a la casa de una amiga, cerca, en otra población del cerro, donde las tanquetas del ejército retaceaban su presencia amenazadora y alerta. Regresaría cerca del mediodía siguiente, y con esa promesa cerró la puerta y se fue. No se había barruntado con perfume, lápiz labial, sombra para los ojos, así que quedaba descartado un lance amoroso. Era más que probable que dijera la verdad, pero con ella nunca se sabía. Azucena la vio alejarse a través de la ventana, en la espesura negra de la noche.

Su marcha era lenta y suave, pero cuando estuvo a cubierto de la mirada de Azucena apuró el paso. Consultó su reloj con dificultad a la luz de la luna, presumiendo que llegaría a tiempo a la cita. Cruzó la estrecha hilera de casas hasta que salió de la población, y llegó a la ruta que un farol moribundo alumbraba en un suspiro. Nadie se aventuraba fuera de las casas, pues en las calles aún se combatía. La ruta nunca había trasuntado tanta yerma soledad. Esperó un momento oculta detrás de una parada de micros, y cruzó corriendo al otro lado. Se adentró en otra población con cauteloso sigilo, después se enfrentó con la ladera del cerro, empinada y agreste, poblada de árboles añosos, hostiles, aromáticos.

Comenzó el descenso, eludiendo los caminos. Los árboles parecían haber crecido equilibrándose en la explanada, donde se mantenían rectos, erguidos. En la zona de mayor declive se lanzaba en una carrerita cuesta abajo, atajándose en alguno de aquellos solitarios y frondosos pobladores de la precordillera.

Cruzó al otro cerro, subió con dificultad, resoplando, asiéndose de las malezas. Otra población, igualmente desolada y mustia. Sólo croaban los sapos, y los grillos convocaban a las estrellas. Una que otra luz contorneaba una ventana, pero no había indicios de vida humana, y la medianoche caía del cielo con un aliento gélido. Respiraba la polvareda que levantaba su andar recelosamente firme, y sentía que el cansancio aumentaba de manera vaga, presumible.

Dos perros la olfatearon. Los ignoró. Más tarde cruzó otra de esas rutas que se encaraman en los cerros dando vueltas indescifrables, y vio pasar desde su escondite una patrulla de hombres con uniforme verde. Aunque se sabía camuflada por las sombras y la distancia, sintió que el

corazón le latía con premura. El vehículo se alejó lentamente, y entonces retomó su solitaria marcha.

La madrugada la sorprendió no muy lejos del lugar del encuentro, en el desfiladero donde el cementerio disminuía. Allí iban a estar esperándola sus amigos; tras una ardua discusión se había descartado entrar por el frente, o pasando sobre el perímetro más accesible. Habían estado allí la tarde anterior, viendo desde lejos transitar los autos fúnebres fuertemente custodiados. Si los militares no eran tontos, esperarían una incursión nocturna de los jóvenes comunistas, pero no reforzarían la pendiente trasera de Santa Inés.

Una voz conocida sonó en la penumbra, llamándola suavemente. El rostro de Vasco se acercó, inexpresivo, y le informó que era la última en llegar.

--Los otros están más adelante --agregó.

--Crucé lo más rápido que pude. Igual vamos a tener que esperar...

--Vimos dos patrullas, bastante inofensivas. Esto va a ser rápido y fácil.

--Esperaremos...

Llegaron en silencio a donde estaban los demás, en un monte cercano. Desde allí se veían las últimas tumbas del cementerio. Daban la sensación de haber sido arrojadas azarosamente, aventadas como semillas. Se podía suponer a sus moradores enterrados en el mismo lugar donde la muerte sobrevino.

No hacía falta hablar, habían decidido y planificado horas antes. Incluso Lalo, el más indeciso, estaba allí. Vasco, Ana, Tere, Lilo, Leticia, Goro, algunos más completaban la partida. Se conocían por los nombres o los apodos, pues los apellidos debían mantenerse ignorados. También la mayoría de los domicilios, a menos que fuese inevitable. La amistad tenía que ser reprimida, si se respetaba el decálogo de los militantes.

Quince eran los militantes, más o menos.

Se unieron al grupo, en silencio. Una de las consignas era el silencio, aquella noche. Menudeaban las vestimentas oscuras, o decididamente negras. Los muchachos se tiznaban los rostros, al igual que algunas de las chicas. Peggy rechazó el frasco que le extendió Ana, sospechando que cubría una necesidad atávica antes que protectora.

--¿Trajeron todo? -preguntó Peggy.

Lilo le informó que no faltaba nada: picos, palas, linternas, cámara fotográfica, colonia, pañuelos. Goro iría adelante, marcando el camino que conocía bien, ya que su abuelo reposaba cerca del mausoleo que se aprestaban a profanar. El reloj luminoso de Lilo les indicó que faltaban unos minutos para las dos de la madrugada. No muy lejos, las patrullas se aburrían en la somnolencia, relajando la atención. Una hora más retrasarían el inicio de la operación, establecieron. Y callaron, amuchándose.

Al final de aquellos minutos, que fueron los más agobiantes y penosos de la madrugada, iniciaron la caminata. Constataron que las patrullas no merodeaban. Evitaron encender las linternas, pues la luz de la luna era pródiga en claridad. A medida que avanzaban los rodeaban más tumbas. Llegaron a los caminos interiores del cementerio, y al sector del mausoleo donde unas horas antes habían enterrado a la primordial víctima de la insurrección militar, sin servicio fúnebre, sin panegíricos. Precisamente, el primer objetivo era constatar que el cuerpo ahí inhumado correspondía con el del presidente depuesto, un dato que incluso la primera dama y sus hijos desconocían, pues los asaltadores del poder no les habían permitido inspeccionar el interior del féretro. El siguiente motivo de la incursión era comprobar si la muerte había sido producida por la propia mano del occiso, como pregonaba la prensa oficial, o por la menos piadosa de sus atacantes.

Eran sombras desplazándose en las sombras de la noche, agazapándose si sospechaban una presencia inesperada, minimizando los sonidos y los movimientos. El viento arremetía contra los sepulcros, pretendiendo en vano perturbar a las almas enclaustradas. Peggy sintió que el frío de la madrugada le oprimía la garganta, y adivinó el impreciso estremecimiento del temor. Goro iba unos pasos delante de ella, y levantó un brazo para que el grupo se detuviera. Al oído de Peggy dijo "aquí es", y la información rápidamente se socializó. Goro señalaba la puerta de metal de una bóveda, cuya entrada era vedada por un candado nuevísimo. Con rapidez y efectividad cortaron la cadena, y la puerta se movió pesadamente sobre los goznes, exhalando la fetidez de la muerte.

Impregnaron los pañuelos con agua de colonia, cubrieron la nariz con ellos, y los sujetaron con un nudo enérgico en la nuca. Enseguida entraron en la cripta con las herramientas necesarias. Algunos permanecieron en el exterior para vigilar las cercanías, o porque un sentimiento de asco les impedía trasponer el tétrico umbral.

Ana encendió la linterna, y la dejó en el piso. La tumba del presidente mostraba los signos de la precipitación con la que había sido dispuesta. Los contornos de la laja que la cubría sugerían un trabajo descuidado. El féretro estaba debajo de ellos, en aquel improvisado hipogeo suburbano. Los hombres retiraron la pesada losa y la apoyaron junto a la ruma del grupo. Extrajeron del pozo el cajón, bellamente barnizado, con un crucifijo negro sobre la cubierta del visor. Cincelaron la tapa amortiguando

los golpes con trapos, hasta que los lacres cedieron. Lentamente la retiraron, y dirigieron el paupérrimo haz de luz hacia los perturbados despojos.

El cuerpo, envuelto con mortajas abundantes, exudaba un olor nauseabundo, que por un momento los reprimió. Peggy arrebató las tijeras de la mano de Tere, y comenzó a trazar un corte cuidadoso y firme en el sudario, a lo largo del cuerpo, piel a piel. La emoción cabalgaba en los corazones jóvenes de los militantes, y casi se desbocó cuando los trapos cayeron y revelaron los efectos de la metralla sobre la carne.

Peggy sujetó un momento la mano del cadáver, llamativamente negra. Dos de sus compañeras no soportaron la imagen de la cabeza destrozada, y salieron a vomitar. La bóveda craneana no estaba, lo cual era congruente con un disparo en la barbilla, realizado con la ametralladora UKA obsequiada por un amigo insular. Pero el torso estaba destrozado por una ráfaga igualmente poderosa, y eso espantó las dudas acerca de los últimos minutos de esa vida. A Peggy le llamó la atención la ausencia de las cejas y de los bigotes cerdosos tan conocidos; creyó que las explosiones en la cabeceras habían volado. Un somero recuento reveló más de 70 impactos, la mayoría efectuados sobre un cuerpo exánime, inerme. Había sangre entre los labios...

Leticia era la encargada de manipular la cámara de fotos. Peggy y los otros se apretujaron en los rincones, y la dejaron enfocar la lente. Una, dos, tres obturaciones, separadas por el tiempo de recarga del flash. Cuatro, cinco, seis obturaciones de la máquina Canon, después algunas más.

--Apúrate, Leticia, no es un desfile de modas --bromeó, tensa, Peggy.

Afuera, entre los mausoleos, sonaron disparos de fusil y de pistola. El potente flash de la Canon había alertado a los desatentos centinelas, que saltaron del letargo al combate. Corrieron desde sus puestos de observación hacia el mausoleo insolentado, que no cuidaban por respeto sino por salvaguarda de la verdad. Primero fueron cuatro, después acudieron en tropel desde varios puntos del camposanto. Goro asomó la cabeza en la cripta y gritó desgarradoramente

--¡Milicos, milicos! ¡A correr!

El desbande fue instantáneo. Peggy sintió que la mano de Vasco la empujaba a salir, casi con violencia. Atrás quedaron Lilo y Tere. En un instante estaban todos corriendo hacia el cerro, por el mismo sendero que los había traído. El ruido de las detonaciones se acercaba, las voces de alto eran más amenazadoras y perentorias, la noche distorsionaba la visión. Vasco la dejó unos metros atrás, y Peggy se parapetó entre dos mausoleos casi sin poder respirar. Percibió que las balas hendían el aire sonoramente a

pasos de su momentáneo escondrijo, y se creyó abandonada. Entonces oyó, rezagados, a Lilo y Tere suplicar por su vida, entre sollozos acongojados. Eran niños a punto de sufrir un castigo inmerecido. Después, unos disparos sonaron en esa dirección. Luego una frase terrible, y el final.

--¡Acá cayeron dos!

Los militares pasaron cerca de ella, sin verla. Perseguidos y perseguidores continuaron su carrera hacia los cerros, en pos de la vida preservada o pretendida. Los disparos, el concierto de gritos, insultos y órdenes, se alejaron como una ola. Más disparos, ayes, llantos, más gritos, finalmente una calma balsámica, agreste, nerviosa, que duró algunos penosos minutos. Peggy sabía que no se habían ido, que estaban allí, en la penumbra, peinando las postrimerías del cerro. Intuyó a sus amigos muertos ya, al menos a la mayoría, aserción que luego le confirmaría gente bien informada.

Sobrevino un rato de quietud que intoxicó a la noche con una angustia agónica, terminal.

Unas voces regresaron, más relajadas, igualmente estrepitosas. Los hombres de uniforme y armas volvieron a pasar cerca de ella, que seguía emboscada entre las tumbas. Los espío chacotear, reirse, regodearse con la cantidad de bajas en el bando opuesto. Una voz imperativa dominó a las otras y preguntó si habían encontrado la cámara. Le respondieron que no, y entonces reaccionó con una soberana puteada que no es el caso reproducir.

Peggy se sentía muerta. Ya no la atenazaba el pánico, sino la tristeza. Poco le faltó para sucumbir a sus nervios, a su furia y frustración, y abalanzarse contra los asesinos para enrostrarles su felonía. Pensó en Azucena, en sus hermanas. Reparó que no estaba lejos de la morada final de su finado padre. Y entonces desistió, y se propuso sobrevivir, al menos para contar la historia de aquella noche.

La mañana la sorprendió aterida de frío, inmóvil, entregada. Con las primeras luces enfiló sus pasos hacia el oeste, y por ese costado del cementerio huyó con cautela. Mientras se alejaba escuchaba y atisbaba, a lo lejos, la invasión de un sinfín de vehículos atestados con efectivos de infantería. Ese día la necrópolis cerró sus puertas al público, hasta que el gentío verde recuperó los restos de los caídos unas horas antes, y limpió la zona de los casquillos y la sangre que testimoniaban los asesinatos. Otros se ocuparon en retirar el féretro del presidente, y transportarlo a una base aérea cercana. Allí lo subieron a un helicóptero, y lo arrojaron a una tumba amplia, protegida, insospechable, discreta..., pues los usurpadores no deseaban tener en sus manos una nueva Evita.

Peggy regresó a su población a las nueve de la mañana. Un bello sol le entibiaba las lágrimas, que se mezclaban con la suciedad. Azucena la esperaba en la puerta, y la abrazó al llegar. Sin preguntas, sin reproches. Esta chica me va a matar de un disgusto... Luisa y Liliana la bañaron, a una Peggy mustia, vacía, maniatada.

Algo más. No contó la historia. Dos o tres sobrevivientes recuerdan también esa noche, y no la comentan, probablemente en homenaje a sus amigos caídos. Peggy tuvo el socorro de un hermano de su padre, hombre influyente entre los cretinos. La sacó de la cama sollozando aún, a eso de la una de la tarde, perentoriamente. La miró con severidad, la abofeteó con furia.

--¡Cómo pudiste...!

Después la abrazó, la besó tiernamente, y prometió ayudarla. A cambio, exigió no enterarse de los detalles de la incursión. Llevó a su sobrina a la capital, unos días. Después al sur, de casa en casa, con extraños que albergaban hospitalariamente, y no hacían preguntas. Más tarde al norte. Finalmente al viejo continente, casi seguro a España.

Nadie volvió a ver a la muchacha, pero Azucena está tranquila, la sabe a salvo. Una tarde fueron a buscarla a la población, registraron la casa, maltrataron a la madre y a las hermanas... Ni siquiera ellas conocen la actual ubicación de la díscola adolescente.

Algunos creyeron verla en Ámsterdam. Otros la vislumbraron en París. Alguien la confundió en un canal veneciano. La versión más veraz la sitúa en Gijón, casada con un dentista que fue funcionario de Franco. En la familia no se habla de política, y los hijos se han criado bien, entre shoppings, escolaridad privada, vacaciones fijas. El viaje a Disney en 1997 fue su aventura posterior más intrépida. Peggy es hoy una señora un poco gordita, de agradable apariencia, pretendidamente snob, ultramontana, cuya procedencia ignoran los amigos de su marido, despistados por su acento peninsular.

Pocos contactos sostiene con su pasado, quizá uno solo. Alguien se acerca al mar una vez al año, en su país sudamericano. Y arroja desde alguna playa, por encargo de la antigua amiga, un homenaje florido. Peggy se pregunta si Leticia sobrevivió, ansiosamente querría saber qué pasó con la cámara, con las fotos...

Por la fecha del golpe militar, histórico ya, un ramo de flores se mece sobre las olas del Pacífico, con el mensaje de Peggy. El folklore vernáculo ha registrado este episodio, misterioso, incomprensible, persistente. Las flores son las que le agradaban al presidente. El texto es invariable:

"Sabemos que estás allí. Tu sepulcro es profundo, amplio. Descansa en paz. Eso desean Peggy y sus amigos."

3-8-02

## Verdemar.

No sólo Toulouse Lautrec había vivido en un prostíbulo..., flotado en su perfume y su música (el Moulin Rouge no era otra cosa que un lupanar de la belle époque)..., arriba, en la habitación-atelier, donde pintaba a la Goulue aventando la falda, a Aristide Bruant vendado con su enorme bufanda roja..., donde diseñaba, coloreaba afiches, mientras lo consumía el amor por la linda y desdeñosa provincianita del burdel..., no sólo el hombrecito noble y apasionado embriagaba su dolor..., otro dolor, no sólo él, no...

También Ernesto. Sus pasos lo habían llevado a la puerta castaña por algún extraño, inexplicable designio que estaba más allá de su entendimiento inmediato. Quizá por la cercanía del puerto, ya que no quería internarse en el país más de lo necesario, o tal vez sólo porque sí. Dos referencias descuidadas, un consejo malintencionado otorgado entre copas de vino, jalonaron su camino a ese lugar. "Es limpio", había definido el de la mesa de al lado, cuando preguntó en el bodegón si conocían una pensión donde quedarse.

No se encontraban muchos argentinos en la zona de Valparaíso, o diré más exactamente que no eran demasiados los que podían identificarse como marineros. Los argentinos no conforman un pueblo marino, sino uno que prefiere navegar sus pampas, deambular por sus tristes y enormes ciudades. Entre sonrisas, un roto (que es la mezcla simpática del croto de Buenos Aires y el pícaro andaluz) lo alcanzó a la salida del bodegón y le explicó que no lo habían encaminado a una pensión, sino a una casa de lenocinio portuario. Agregó que se alquilaban allí habitaciones para los desembarcados, que las mujeres estaban sanas, que la dueña era una gordita agradable a la que le simpatizaban los "che".

--Es limpio --concluyó, y se fue hacia el destartalado funicular del puerto, que se encarama en el cerro como una araña de una sola pata.

Los chilenos tienen una inquina inmemorial por los vecinos trasandinos, pero adoran su música. En Valparaíso se produce una extraña conjugación de mar y tango, que se desconoce en Buenos Aires y en otras urbes. "Verdemar" es el tango favorito de los hombres ríspidos que momentáneamente recalán en las mesas y en las mujeres de la zona de las dársenas, para ellos es "verde mar", bandoneón y vino..., verde mar, mujeres, choros y mariscos.

*"Verdemar... Verdemar..."*



*se llenaron de silencio tus pupilas...*

*Te perdí... Verdemar..."*

Era limpio, sí que lo era. Ernesto se acostumbró a la habitación del fondo, pegadita a la de Marisa. Ella había llegado del sur, de los bosques altos y olorosos, de los poemas y las soledades heladas, de la lluvia eterna. Tenía ojos de cabrita asustada, pero Ernesto descubrió que no lo era. Fue la dueña quien lo instigó a espiar a Marisa cuando atendía a los clientes, total, a ella no va a importarle...

--M´hijito, la pared que los separa tiene un agujerito atrás del cuadro, córralo y curioseee con cuidado... Eso sí, no se olvide de apagar la luz, para que no lo pillen.

El cuadrito exponía un motivo marino, aunque el color del cielo insinuaba latitudes boreales. La primera vez que apoyó el ojo sobre el orificio vio a Marisa acostada en su camastro, dormida y sola, desnuda como una Maja; la luz del velador, tapado con un enorme pañuelo rojo presumiblemente de seda, otorgaba al ambiente una tinción espectral. Marisa trabajaba preferentemente en la noche, y atendía a clientes fijos. Las otras chicas se ocupaban de los eventuales...

--Ya va a ver, m´hijito, es una maravilla –había comentado la dueña, y nunca volvió a mencionar el asunto.

*"Tus manos amarillas... tus labios sin color..."*

*y el frío de la noche sobre tu corazón."*

Si, era una maravilla. El orificio en la pared le reveló un mundo carnal insospechado, intensísimo, insano a veces. Marisa era verdaderamente una maravilla, ágil, imaginativa, estoica..., y con frecuencia dirigía la mirada hacia el agujerito de su pared por sobre el hombro de su cliente, sólo para desafiar el anonimato del vecino.

Una mañana golpeó a su puerta, vestida de calle, y hablaron por primera vez.

--Hola, soy Marisa, la de la pieza de al lado.

--Hola --repuso él, sorprendido, agradado.

--Sé que me espías...

--Mirá, piba... yo no pretendía incomodarte... -intentó explicar, perturbado.

--No te preocupes, está bien, me gusta que me mires.

--¿Si?

--Si, me siento protegida... -Detrás de un silencio, continuó:- Ahora quiero pedirte un favor..., si puedo.

--Lo que desees...

--Tengo que hacerme la revisión mensual, y no me gusta ir sola. ¿Me acompañas? No es lejos, podemos caminar.

*"Faltas tú... ya no estás..."*

*se apagaron tus pupilas, Verdemar."*

Caminaron, hablaron. Ernesto se quedó en la sala de espera atestada de prostitutas, de obreras del placer que aferraban la libreta sanitaria y se habían bañado y vestido para la ocasión. Algunas irían derechito al hospital, infectadas, malheridas por dentro, carcomidas por la lejana peste de un marinero sucio y promiscuo, que es la peor combinación; ya no trabajarían hasta que se produjera la curación total, o se entregarían a la muerte. Otras, la mayoría, obtendrían el exequátur por treinta días, el beneplácito del revisador, los consejos habituales...

Marisa tardó en salir, pero le mostró la libreta sellada, con orgullo. Y volvieron a caminar. Hablaron. Compraron chocolate, pasearon por el puerto, Ernesto se sintió celoso porque Marisa era muy popular allí...

*"Faltas tú... ya no estás..."*

*se apagaron tus pupilas, Verdemar."*

Nada tenían por delante, sólo silencios y ausencias. Una sinuosidad en el camino, un instante preciso de placidez, todo lo más que podían pedir la chica del sur caída en desgracia y el hombre que está de paso...

Esa noche hubo baile en el burdel. En el amplio salón de la entrada se bebía al ritmo de un piano desmañado, se jugaba al amor, se elegía el placer en un muestrario de mujeres excesivamente teñidas y derrochadas. Marisa atendía clientes fijos, ya estaba elegida de antemano.

Jacinto llegó en la mitad de la madrugada, y fue directamente a la habitación de la chica del sur. Tenía fama de ser "el choro más choro" de los muelles, aunque en verdad había otros choros más temibles y osados. Pero éste era un hombre de cuidado, y nadie se interponía entre él y lo que consideraba suyo. Tenía fama de diestro cuchillero, de hombre ágil en el pugilato, de tirador certero.

*"Te encontré sin pensarlo y alegré mis días,  
olvidando la angustia de las horas mías..."*

Marisa gritó, lo insultó, resistió cuanto pudo. El "che" salió al pasillo y se enfrentó con la dueña, que le puso una mano en el pecho.

--No, m´hijito, quédese quietito. Esto es normal acá... -Le quitó la mano del pecho y hurgó en sus ojos.- Ella le pertenece, puede recibir una tunda si a él le apetece... Vuelva a su pieza, terminará prontito.

El "che" retrocedió un paso, en silencio. Devolvió la mirada de la dueña con ferocidad, quiso responderle, deseaba que los gritos de Marisa dejaran de martillarle la sien.

*"Pero luego la vida se ensañó contigo  
y en tus labios mis besos, se morían de frío."*

Apartó de su paso a la regenta y se enfrentó con la puerta vecina, de donde provenían los sonidos del jaleo. La patada que dio a la puerta casi la

arrancó de las bisagras, e hizo añicos los vidrios en medio de un estruendo. Por el marco se vio a Marisa tirada en un rincón, con la ropa interior desgajada, agazapada en un intento desesperado de protegerse, y al choro de pie, imponente, blandiendo el cinturón con la hebilla en el aire. Notó la sangre en las piernas de la muchacha, la cara amoratada, un ojo cerrado a medias, sus brazos trémulos.

*“Y ahora...? Qué rumbo tomaré?...”*

*Caminos sin auroras me pierden otra vez.”*

El choro se dio vuelta rápidamente, sin pronunciar una palabra. Dejó el cinturón sobre una silla y extrajo el cuchillo del costado derecho, con parsimonia. El acero brilló a la luz del velador; el “che” entró lentamente en la pieza y se envolvió el brazo con las cobijas de la cama. Adustos los gestos, fieras las miradas, y en silencio, como Dios manda que los hombres se maten. Marisa miraba desde el piso, y en su dolor comprendía que esa madrugada un hombre moriría por ella. Su deber era proteger al choro, que era su hombre, pero el “che”... la pucha, el “che”... podría hacerla suya, ella trabajaría gustosamente para él sólo si la cuidara un poquitito y le comprara chocolates en el puerto, en las tardes frías de Valparaíso.

*“Volverás... Verdemar...”*

*es el alma que presiente tu retorno...”*

El cuchillo mutilaba el aire con soltura, la mano que lo guiaba tenía experiencia en esos lances. Giros y contragiros en el pequeño cuarto, uno a otro se estudiaban, trataban de anticiparse los movimientos, y en el salón la música se había silenciado a la espera de la sangre.

Un zarpazo del brazo armado cortó las ropas del intruso a la altura del pecho; éste reculó un momento y blandió una botella que ya tenía vista desde el principio, eludiendo las siguientes arremetidas. Entendía lo improbable de desarmar al choro, pero confiaba en poder golpearlo en un descuido por el flanco desprotegido, donde su fuerza podría intrusear con suerte.

*“Llegarás... Llegarás...*

*Por un camino blanco tu espíritu vendrá*

*buscando mi cansancio... y aquí me encontraras.”*

Un puntazo indefectible atravesó las cobijas y le hirió la mano, que sangró profusamente. El choro llevaba ventaja, pero se confió, y el “che” le reventó la botella en la cara. El cuchillo cayó al piso, y su dueño, con la cabeza y la frente lastimadas, fue a parar al costado de la cama, confundido.

El que quedó de pie miró el cuchillo, observó a la chica, vio que el choro metía la mano entre sus ropas y extraía el revólver. Marisa también entendió lo que pasaba, y no era cosa de dudar. Se levantó como una gata y abrazó al “che” para protegerlo, dándole la espalda al disparo que le atravesó la piel, que le hizo estallar el corazón.

El choro vio incrédulo que Marisa caía al piso, desnuda aún. Vio que el otro hombre se abalanzaba sobre él con el cuchillo en la mano, y sintió el acero en las tripas, en el pecho, en el alma desolada...

Marisa se quedó en los brazos del argentino mucho tiempo, blanca, espectral, fría, sin poder responder a los besos y a las caricias que le prodigaba. Los carabineros se llevaron al extranjero a la cárcel y a los muertos al cementerio.

Algunas noches más tarde, sobre la cubierta del barco, Ernesto fumaba un cigarrillo, un poco para olvidarse del dolor en la mano vendada, de la punzada intensa provocada por el acero en la palma y en el espíritu. Las mujeres habían declarado a su favor, todas, y eso le aseguró la libertad. Parece que el tal Jacinto tenía muchas cuentas pendientes con la justicia, y en parte les había hecho un favor matándolo.

El resto de su vida se iba a preguntar si a Marisa le había cegado la vida el gatillo del choro o el amor de él...

Miró el mar, el verde mar, y se acordó del tango, musitó la letra, tarareó la melodía.

Y entonces comprendió que en realidad no era “verde mar” sino “Verdemar”..., Verdemar..., un nombre de mujer.

*"Faltas tú... ya no estás...  
se apagaron tus pupilas, Verdemar."*

Septiembre 2002

**El tango:**

**Musica de Carlos Di Sarli.**

**Letra de Pascual Contursi.**

**Editorial Julio Korn**

<http://www.mundomatero.com/proyectos/cristel/verdemar.html>

## La gaviota de oro que llegó tarde.

La cantaba Romuald, un francés desconocido que tenía una voz increíble...

Recuerdo que nos colábamos en la Quinta Vergara por el cerro, es decir por los alrededores del anfiteatro, porque no teníamos dinero para pagar la entrada. Ya que era imposible llegar a la zona de las butacas, subíamos a los árboles como los monos y desde allí, con prismáticos prestados, veíamos a los artistas y escuchábamos la música que a veces el viento empujaba hacia nosotros.

Era 1973. Era febrero, y vivíamos una belle époque americana. Después vendrían meses difíciles, huelgas, protestas, cacerolas, paro de los camioneros, y finalmente septiembre, con el ocaso de la fiesta y de la esperanza socialista... Pero en febrero lo único que nos preocupaba –y mucho- era quién ganaría el festival de la canción de Viña del Mar. Poco a poco habíamos conocido los temas del concurso, prestado atención a las voces de sus intérpretes, indagado por los autores y compositores que tentaban a la suerte. Por ahí andaban los “detectives musicales” (entre ellos Lucho Saravia), tratando de descubrir los posibles fraudes que solían pergeñar los malintencionados participantes, por ahí andaban los que apostaban a los resultados impredecibles...

En fin, paulatinamente descartamos a los otros. No había duda: Romuald era el favorito. Su voz potente y abaritonada, pero dulce y expresiva al mismo tiempo, lo convirtió en el preferido de nuestro grupo de amigos. Algún renegado discutía, alguien de nacionalismo exacerbado mencionaba a la canción vernácula, pero el francés... la pucha, el francés era muy bueno.

Claro que Romuald corría con el caballo del comisario, porque la canción con que participaba había sido escrita nada menos que por Jourdan y por Caravelli. El propio Caravelli, una gloria de la música parisina, estaba sentado en primera fila, emocionándose con su creación, "Donnez-moi le temps". Por esa época aprendíamos algo de francés en el colegio, y sabíamos que eso quería decir algo así como dame el tiempo, dame tiempo, dame algo... La primera vez que escuché el tema (en francés, claro) lo entendí a medias, pero me gustó. La segunda no lo podía creer. La tercera me convencí de que era una composición soberbia, y de que sin duda ganaría la gaviota de oro.

Ese año no hubo invitados conocidos en el show internacional, con la excepción de Julio Iglesias, que todavía cantaba en español. Pero saltamos

con el grupo Cenizas y con Gino Renni, pues dieron un toque de desenfadado argentino a la solemnidad y acartonamiento que tenía el espectáculo...

Y fue discutiendo y colgándonos de los árboles como llegamos al día en que se conocerían los resultados de la competencia, en que se sabría quién se iba a quedar con el tercer premio, quién con el segundo, quién (Romuald, por supuesto) sería proclamado ganador de 1973...

Pudo más el chauvinismo, creo yo, en un año en que el país necesitaba éxitos internacionales, cualquiera que fuese... Creo que el mismo mecanismo con que los argentinos ganamos el mundial de 1978, hizo que en 1973 Chile se quedara con el triunfo en el Festival de aquel febrero. La canción ganadora era irrecordable, y el intérprete no tenía voz, no tenía rostro, sólo una bandera... Ceilán se apoderó del tercer puesto, y Romuald y Caravelli consiguieron un honroso (pero injusto) segundo lugar.

Ese día no estábamos equilibrados en las ramas de los árboles. Habíamos conseguido pagar la entrada y presenciar la entrega de los premios, a lo mejor porque –en mi caso- estaba pisando el anfiteatro por última vez. Hacía frío cuando salimos de ahí, y caminábamos en silencio y decepcionados. No podíamos creer que los franceses y su canción pasaran sin pena ni gloria, sólo porque el premio debía quedarse en casa.

Un mes después todos cantábamos esa canción, que la radio pasaba cacofónicamente. Poco a poco se hizo evidente lo que al principio apenas supusimos: que sólo una maniobra política había retaceado a ese poema musical el premio merecido. Aunque apoyábamos al gobierno de Allende en esos momentos difíciles, comprendíamos que algún funcionario de segunda línea, algún tarado que creía hacer lo correcto, en realidad acababa de cometer una injusticia y una estupidez.

Después la popularizó Frank Sinatra en una versión de Paul Anka, que se llamó "Let my try again". Y por supuesto, todo el mundo la cantó, muchos se emocionaron, y el disco se vendió por cientos de miles. (Eso sí, aunque la cantaba "la voz", carecía de la emoción que Romuald transmitía en su versión.) Me parece que también la paladeó Elvis, "el rey", y cientos de otros que no vienen al caso. Pero el francés..., la pucha, el francés era muy bueno.

27 años tardó la reparación de la falta. Esto recién sucedió en febrero del 2000, tardía pero necesariamente. En esa oportunidad "Laissez moi le temps" ganó el premio a *la mejor canción en la historia del Festival Internacional de Viña del Mar*, y entonces sí, le otorgaron la gaviota de oro y una suma muy importante en dólares.

Para entonces ya no importaban Romuald, Caravelli o Jourdan. La canción tenía vida propia, tenía una historia de frustración y poesía, tenía belleza y amarguras, casi como nosotros mismos... Y aunque el desagravio



fue muy importante, aprendimos que en la vida de los pueblos rara vez el deporte y el arte quedan al margen de las luchas históricas.

En fin, la canción ganó, con el tiempo ganó, y dejó de ser rehén de los vaivenes políticos de 1973. Hoy sigo escuchándola con placer, aunque daría cualquier cosa por conseguir la vieja versión de Romuald, que con su ausencia sólo demuestra que Internet dista mucho de ser perfecta.

Y claro, el título resultó profético, porque como si fuese una promesa de éxito, la canción pedía tiempo, dame tiempo, dame le temps.

23 de septiembre de 2003

[Cortesía de Miriam Chepsy](#)

[Gentileza de Sandra Tardel](#)

## Cortesía de Miriam Chepsy

### > ROMUALD

- **Nom d'origine :**
- **Date de naissance :** 1938
- **Lieu de naissance :** Saint Pol de Leon
- **Profession :** Chanteur variétés, Yé-yé

#### • **Ses plus grands succès :** •

• **Résumé :** Il apprend la musique et le saxophone . Son physique de jeune premier et sa voix agréable le font engager par Lucien Meurisse directeur des disques AZ, Il enregistre ses premières chansons, dont " Ma plus belle année " en 1964 . Puis il tente une carrière au Bresil sans grand succès .

De retour à Paris en 1972, il enregistre un succès " Josè Christo " et compose avec le chef d' orchestre Caravelli " Donnez-moi le temps " repris par Franck Sinatra.



## *Gentileza de Sandra Tardel*

### *Laissez-moi le temps*

Letra y Música: Michel Jourdan y Claude Caravelli

Intérprete: Romuald

Je sais qu'il te semble impossible

D'être moins triste et de ne plus pleurer

Mais dis toi que tout arrive

Que tout arrive un jour avec le temps à force d'espérer

Et moi, je ferais tout pour ça

Et moi, je ferais tout pour toi

Laissez-moi le temps, le temps de essayer

De te redonner un jour confiance en l'avenir

Laissez-moi le temps, le temps de essayer

De te redonner un soir un peut de ton sourire

Tes larmes... ces sont un peut les mienne

Alors... je te comprends, je te connais

Malgré tout, malgré ta peine

Un jour tu va guérir un jour et finiras par oublier

Et moi, je ferais tout pour ça

Et moi, je ferais tout pour toi

Laissez-moi le temps, il n'est pas trop tard

Tant que tu verras fleurir des roses et du lilas

Laissez-moi le temps, il n'est pas trop tard

Si tu as confiance en moi, alors ce jour viendra

Laissez-moi le temps, il n'est pas trop tard

Quand est ce que tu verras fleurir des roses et du lilas

La, la, la, la, la, la, la, la, la

Si tu as confiance en moi, alors ce jour viendra

## **El doctor Donoso.**

Con los años había adquirido el insano hábito de acomodar la hora a sus necesidades sociales. Adelantaba ocho minutos las manecillas para no llegar tarde al primer show de Laura, o las movía diez minutos hacia atrás cuando no deseaba delatar su ansiedad en una cita clandestina. Esta forma de trampear con el mecanismo y de endilgarle sus culpas había cesado la tarde anterior, después de sintonizar radio-reloj y de poner las saetillas donde dictaba el movimiento del mundo: la hora exacta, los minutos precisos. Incluso el reloj pulsera le pareció más varonil y honesto cuando lo sincronizó con la realidad. Se lo había vendido un viajante argentino cinco o seis años antes, aseverando que estaba enchapado en oro y que provenía del sur del paralelo 42. Lo primero era fácil de comprobar, pero el otro aserto recubría al adminículo con un halo incierto de misterio y nobleza que sugería tierras gélidas y exención impositiva. Laura lo miraba de soslayo y sonreía, pues no imaginaba a su hombre sin esos pedacitos robados al tiempo que lo ayudaban a tramar su vida.

Pero lo más bello que el destino le había puesto en el camino era Laura, no la joya austral. Lo primero que supo de ella fue que disfrutaba la "leche con sabor" de frutilla, pues la veía en el almacén cuando adquiría aquella asquerosidad viscosa. Le agradaba el dosel de su flequillo rubio oscilando sobre los ojos verdes y la nariz perfilada, y la sonrisa traviesa que inventaba una complicidad. La tarde era el momento del día señalado para encontrarla en el almacén, y el almacén el sitio más extravagante para iniciar un gran amor... Esa fue su primera sorpresa.

El asombro que siguió quedó al descubierto cuando ella se desnudó con gestos lentos y vacilantes, y le ofreció la exquisitez de un cuerpo insospechado bajo el vestido suelto que usaba para hacer las compras. Las manos le temblaban cuando la despojaba del corpiño ceñido y de la bombacha escasa, y cuando aún estaba de pie, mirando su desnudez como a un manjar bien servido. Laura era blanca y diminuta, pero la exhuberancia y armonía de sus curvas lo dejaron sin aliento un instante antes de amarla por primera vez.

El tercer estupor provino de su boca roja y temblorosa, dos tardes después, cuando volvían del almacén. Ella pugnaba por decirle algo desde el primer beso, y al fin había acopiado la resolución necesaria. Su reacción inicial fue de apatía, después de oírle confesar que trabajaba en la noche. Inmediatamente lo pensó mejor, y las palabras le latigaron el corazón: "Trabajo de noche", y sus ojos culpables, y el balbuceo de la voz, lo condujeron fatalmente a donde ella sabía que apuntarían sus recelos de macho. Pensó: "es puta"...

--Eres...

El vocablo puta se le enzarzó en la mirada, pero ella comprendió y sonrió con amargura mientras él hurgaba en su memoria por un sinónimo más amable.

--No, soy striptisera. Hago strip-tease en "Las Tinajas", todas las noches menos los lunes... Si quieres puedes ir a verme... cuando gustes... o puedes dejarme... si crees... pero no soy... -E insistió, como para ella misma: - No soy.

No sólo se desnudaba; también hacía copas, departía con los clientes y tomaba té con hielo de aspecto etílico. Laura no era puta, y se enteró de que además era "Dafne", que en griego significa laurel, porque la mitología contaba que en eso se había convertido Dafne para escapar del asedio de Apolo, en un árbol de laurel... De a poco fueron brotando los jirones de la vida de una mujer: un ex amante de prosapia nacional y negocios espurios, un hijo criado por la abuela esquiva que lo mantenía apartado de las "indecencias" de la madre cuya sangre las unía, y al final los detalles menos espectaculares y más íntimos, que son los más pertinaces, como su deleite con las plantas y su afición a los *comics*.

"Las Tinajas" era un salón enorme y penumbroso que segmentaba en dos mitades casi idénticas una manzana de negocios imprósperos y de casas bajas abiertas al sol. En el amplio vestíbulo donde los transeúntes se guarecían de la lluvia reposaban dos previsibles tinajas tropicales, grandes y del color del cacao, gastadas desde mucho antes de encallar en aquella boite de Viña del Mar. Dos pesadas cortinas forradas con terciopelo rojo, separadas por un rellano de medio metro, sumían a los clientes en un recinto de luces pálidas y oblicuas que provenían en su mayor parte del gran escenario ubicado al fondo. Las centellas rojas de los cigarrillos menudeaban en aquel falso crepúsculo como estrellas en el firmamento, entre el ruido de los vasos y el embrollo de las conversaciones trasnochadas. Cuando los ojos se adaptaban a la parvedad de la claridad era posible distinguir las caras, los cabellos rubios, los besos y sonrisas, y los mozos zigzagueando con pericia entre las mesitas que cubrían dos tercios de la superficie.

A la derecha de la cortina roja interior estaba el mostrador forrado con cuerina negra y grandes tachas plateadas, a donde los mozos recurrían permanentemente para reabastecer sus bandejas, bajo la mirada atenta del *maitre* de porte elevado y peinado a la gomina. En los extremos se abrían las escaleras que trepaban a los palcos longitudinales y angostos que el último dueño había mandado construir a cada lado, y que a la larga constituían una mala inversión, porque sólo se refugiaban allí los músicos en sus intermedios, las putas cansadas y los clientes más desdichados.

El último tercio de la planta baja era un espacio libre que se abría frente a las mesas más alejadas de la entrada, y se usaba como pista de baile. Dos orquestas, la típica y la sonora, se alternaban de a media hora antes de cada uno de los espectáculos; los intérpretes se apretujaban con sus instrumentos a la izquierda del escenario y desde allí perfumaban el ambiente con melodías repetidas seis días de la semana, mientras la concurrencia iba abandonando sus sillas atraída por el baile argentino y por los menos complicados y tristes del norte tropical, en los que trataba de demostrar destrezas heterodoxas.

Súbitamente el rincón de la orquesta quedaba vacío e inmerso en la sombra, se encendían las luces más potentes y los reflectores que destacaban el escenario, y la voz de Tony anunciaba en off que boite "Las Tinajas" se complacía en presentar su show "internacional". Entonces iban desfilando las artes más heterogéneas que se podía imaginar reunidas sobre unas tablas, comenzando por el bolerismo de Leticia Rivera, "la voz que encanta cuando canta", quien interpretaba antes que nada "La hiedra" con ánimo y suavidad, porque ese había sido el bolero con el que debutó en la profesión y no podía desligarse de la cábala. La seguía un mago taciturno y parco que antes había actuado en un circo itinerante y que por eso nunca se habituó a un público tan diferente y poco receptivo, según confesaba a quien quisiera escucharlo detrás de bambalinas. Enseguida salía el cómico, sañoso con la gente y siempre dispuesto a aceptar una dádiva para enojar al cumpleaños de turno.

El plato fuerte empezaba con "Salomé", que se desnudaba de prisa y había adelgazado mucho en las últimas semanas, al extremo de provocar su despido por el director artístico, quien para colmo de males no había conseguido llevarla a la cama. A continuación Jesús Lema, un recitador gitano con acento andaluz y pasaporte argentino, nacido en Devoto y exiliado doce años en España por desavenencias con la temible Policía Federal... Y finalmente las mujeres que se quitaban la ropa al compás de sonos voluptuosos destilados por los parlantes, en una seguidilla cuyo orden respetaba estrictamente la escala de belleza que las diferenciaba entre sí.

Dafne era sin duda la más hermosa, y por lo tanto siempre cerraba el show con un strip-tease desmigajado en tiempo de blues, que como toda la que perdura, comenzó siendo una música del diablo. Ella misma había llevado el disco para su acto, convencida de que esa pieza con armónica y guitarrero eléctrico cadencioso, que narraba un desamor, era la que mejor sonorizaba el *tempus* interior con el que se despojaba de las prendas y se abstraía del gentío.

Él solía subir por la escalera de la izquierda y se sentaba en la última mesa del palco, junto al enrejado con rombos, encima de un costado del escenario. La elección no era caprichosa: la propia Laura había sugerido ese ángulo por estar oculto a su mirada cuando salía a actuar, pues admitía que

enfrentarse con los ojos de su hombre en un momento tan intenso lograría perturbarla y deslucir su acto. Como el equilibrista que trabaja sin red, como el lanzador de cuchillos, Dafne no podía perder la concentración al exhibirse para tantas personas, y la mirada del amor le habría provocado ese efecto...

El también debía ensimismarse para soportar tal trance. Cuando su pareja se desnudaba en la habitación lo hacía con movimientos menos gráciles y sensuales, pero ambos estuvieron de acuerdo desde el prelude de su romance en no llevar a Dafne a casa, sino dejarla en la boite, con su vestido corto de seda brocada y sus tacos altísimos, su exceso de maquillaje y la lencería incitante que Laura no acostumbraba usar en la intimidad.

A tres meses de su primera visita a "Las Tinajas", ver a Laura, su Laura, desnudándose en público con nombre helénico, seguir su sombra áurea mientras alternaba en las mesas, o advertir que algún parroquiano la acariciaba con audacia a la espera de alzarse con aquel botín fresco y firme, se había convertido casi en un vicio solitario, como fumar, como beber... El *maitre* subía en una pausa de su ajeteo y le ponía sobre la mesa un vaso alto de piscola donde nadaban tres cubitos, copucheaba un rato y volvía a dejarlo balseando en sus pensamientos. La bebida iba por cuenta y cargo de Dafne, y se la descontaban religiosamente del sueldo semanal.

El único precepto que no debía desconsiderar lo sentenciaba a no acercarse a Dafne en ningún momento de la noche, y al despuntar el alba, cuando todos se iban a casa después de la última entrada, tenía que esperarla junto a las cortinas rojas con su corazón adormilado por la vigilia y por el trago consumido a sorbitos para hacerlo durar hasta el final... Y a eso también se había adaptado, porque hasta que no consiguiera un trabajo como la gente los únicos escudos provenían de las funciones de Laura, y no había que importunarle la pega.

Acodado en la mesa, miraba distraídamente hacia abajo y descubría que aquella madrugada en particular, que unía en una suave pendiente un domingo de sol y un lunes destemplado, toda la fauna variopinta de la bohemia se había congregado en "Las Tinajas". Consultó su reloj pulsera recientemente sincerado y constató que faltaban algo más de tres horas para las seis de la mañana. Dafne estaba sentada en una mesa del medio; conversaba desde hacía rato con dos yanquis de presencia hercúlea y cuidadosamente desprolija, y eso le trajo a la memoria que el *Eugenia-C* llevaba dos días atracado en la bahía de Valparaíso con un cargamento de turistas ociosos.

Entonces curioseó hacia el mostrador y creyó descubrir una silueta conocida. Entrecerró los ojos para enfocar mejor y verificar la primera impresión, y terminó rindiéndose a las evidencias: el que acababa de entrar era el doctor Donoso, y a juzgar por sus pasos inciertos sólo podría haber venido para agravar una borrachera bastante avanzada, fraguada quién sabe



dónde y con qué mezcla de licores... Alguien le había advertido que su dentista era un aficionado a las bebidas con alcohol, pero la prestancia naval que lucía en el consultorio, como la firmeza de su mano cuando trabajaba en los premolares, no se condecían con el estereotipo del borrachín al que divisaba aferrándose al mostrador cual si viniera de un naufragio.

Por un momento se olvidó de Laura, de los yanquis, del sopor que le producía el pisco de graduación 60 en aquella parte de la madrugada, y verificó mentalmente su siguiente cita en el consultorio del doctor Donoso. Constató el día, la fecha, la hora, y ese derrotero de sus pensamientos lo despabiló como un rayo: a las diez de la mañana de ese mismo lunes tenía reservada una sesión doble para que Donoso le realizara un tratamiento de conducto, y ver a su galeno en condiciones tan atroces hizo que un dedo frío le recorriera la espina dorsal.

Volvió a girar la cabeza hacia donde estaba Dafne y pretendió olvidar la presencia que lo inquietaba, pero no pudo evitar el dolor que la muela apolillada comenzaba a atizarle en la boca y en el corazón. Sintió, como nunca antes, que el nervio condenado estaba dentro de su hueso espoleándole la conciencia con una pulsación vivaz, y de nada sirvió hacerse buchecitos con la pisco que todavía conservaba una estela de frescura. Intentó concentrarse en su mujer, en los dos extranjeros que evidentemente se la querían llevar al barco; muchas veces se inquietaba por el asedio a que estaba expuesta en sus jornadas de copas, pero nunca imaginó que el verdadero acoso, la insistencia definitiva, sucedía en el camarín que compartía con "*miss Tetas de Chile*", quien había concebido por Dafne una pasión que superaba todos los sacrificios y todos los desenfundados placeres que él podía ofrecerle entre las sábanas.

Un rato después la gente se había cansado de bailar cumbia, y regresaba a sus sitios con la ropa transpirada y la libación soliviantada por el meneo. Los músicos estaban dejando sus instrumentos y preparándose para el descanso, y en el cuchicheo que precedía al anteúltimo show sonó como un estampido el vozarrón dominante del descalabrado odontólogo.

--¡Qué mierda pasa acá, carajo! ¡He dicho que me traigan una botella!

Todas las cabezas se volvieron hacia el mostrador, de donde provenía la exclamación. Donoso, bamboleándose como si estuviera en la cubierta de un barco, se sujetaba al mostrador con una mano, y con la otra intentaba llevarse a la boca escurridiza un cigarrillo que el barman acababa de encenderle. De alguna manera había reunido la fuerza requerida para sacar de su cuerpo aquel clamor, y aguardaba que le acercaran la botella de pisco que necesitaba para acrecentar su embriaguez. Puesto que lo conocían de otras noches no menos intoxicadas, sabían que no aceptaría un no como respuesta. Y también sabían que sin importar el precio con que marcaran la

consumición, aquel hombre lo pagaría con creces y libraría una propina generosa... Además, la embriaguez de Donoso no era alborotadora, aunque siempre trasponía el límite de su conciencia.

El *maître*, que era el encargado de contener a los dipsómanos, lo ayudó a caminar hasta la mesa más próxima al mostrador y un mozo le puso delante una botella de buen pisco y un vaso pequeño. Nadie cuestionaba la estirpe boliviana del *zingani*, pero en cambio el origen nacional del pisco inflamaba de tanto en tanto un debate inmemorial con los vecinos de Perú, y a veces adquiría el tremendismo de una disputa fronteriza. Viendo la ansiedad con que Donoso derramaba en el gizonte el espirituoso líquido, se podía concertar que si los indios *piskos* vecinos de Lima lo habían ingeniado en un siglo inusitado, en cambio eran los chilenos sus consumidores más entusiastas.

Vaso tras vaso, Donoso fue apurando el contenido de su botella. Cada tanto regalaba la poca atención de que era capaz al artista de turno, y parecía que todo le agradaba con la misma intensidad. Aplaudía al recitador, a las desnudistas, a la cantante e incluso al mago, aunque a este último lo vitoreó a destiempo, estropeándole el clímax en que cortaba por la mitad a una señorita enjuta y de sonrisa ensayada.

Cuando Tony proclamó que Dafne saldría al escenario un silencio espeso y de colores se enseñoreó de la boite. Los que ya la habían visto auguraban a sus amigos novatos que disfrutarían de una aparición desnuda, y todos por igual se acomodaban para respirar cada segundo de magia. Los mozos dejaron de deambular, bajaron sus bandejas y eligieron un rincón discreto desde donde observar y no obstruir la visión. El *maître* se cruzó de brazos con la mirada fija en el escenario, y cesó de golpe el tránsito constante e inevitable del mostrador, donde el dueño del establecimiento había apagado las luces de la caja para disfrutar también él del espectáculo, acodado entre las botellas. El rumor de que una vestal rubia ofrecía su impudor bajo una luz azulada deambulaba en la ciudad, y a más del beneficio monetario que ese boca-a-boca le agenciaba, lo imbuía de un orgullo que no terminaba de explicarse sin recurrir a emociones inconfesables.

Dafne consiguió que Donoso se mantuviera en silencio durante los cuatro minutos y medio que duró su desabrigo, admirándola como todos allí; luego, cuando desapareció detrás de los bastidores, el buen hombre siguió pidiendo bis desde su mesa durante un largo rato, hasta que la típica ahogó sus aclamaciones con bandoneones y violines. Entonces verificó que la botella estaba casi vacía, se levantó y caminó con torpeza hacia el baño situado junto a la cortina roja -en el lado opuesto al mostrador-, semejando a un infante que estuviese aprendiendo a dar sus primeros pasos.

Transcurrió un rato, y habían desaparecido todos los indicios de Donoso, salvo la botella y el vaso, que seguían sobre la mesa en actitud de espera. Él sintió la urgencia de bajar también al baño, y como había perdido de vista al hombre del torno y la jeringa creyó que ya iba, a esa hora, camino de su casa para descansar la mona. Así que bajó lentamente olvidándose de la muela insana, y una luz lechosa y tan intensa como la del sol le hirió las retinas cuando empujó la pesada puerta del *water-close*.

Contra todos los pronósticos, Donoso estaba ante un mingitorio con la frente apoyada en los azulejos, mientras sujetaba con las dos manos el pene que a duras penas y no sin maña había logrado extraer del pantalón de pana. Tenía los ojos fuertemente cerrados, y de no haber murmurado quejas guturales e ininteligibles se habría podido aseverar lícitamente que acababa de dormirse de pie, como un marino, o que recitaba plegarias monásticas.

En ese momento pensó en hablarle, en sugerirle que se fuera a su casa, en recordarle que a las diez de la mañana él iba a estar sentado en su sillón con la boca muy abierta para dejar que intrusara en ella con sus instrumentos punzantes y cortantes, con sus espejitos diminutos y la manguerita que gorjeaba al extraer saliva..., pero no se atrevió. En lugar de eso se encerró en un excusado y se sentó con la cabeza entre las manos, intentando desoír las murmuraciones del beodo.

--Dafne... mi Dafne... -musitó Donoso.

Supuso que los oídos lo habían engañado, pero aguzó los sentidos para intentar comprender el mensaje casi indescifrable que se agazapaba en los murmullos mal articulados de su verdugo, y así pudo identificar claramente y sin lugar a dudas el conocido nombre:

--Dafne... mi cabrita... ya no me ama í, po...

Lo siguiente que oyó fue un tremendo acceso de vómito, largo y acuoso, que interrumpió el soliloquio amoroso de la beodez. Otro acceso más leve que el anterior, un tercero y un cuarto, casi agonizantes. Imaginó el cuadro que se pincelaba detrás de la delgada puerta del retrete, y se propuso no salir hasta que hubiese desaparecido el menor asomo de regurgitación. Pero el aroma de la inmundicia, mezclado con el del perfume delicado del ser humano que no había sobrevivido las dos últimas botellas de licor, lo impelieron a abandonar rápidamente aquellos sanitarios.

Pasó por detrás de Donoso, que estaba agachado frente al chorro de agua y se mojaba la cara, salpicándose la ropa que ya de por sí soportaba las manchas del estómago revuelto y las del orín...

Cuando volvió al palco faltaban quince minutos para las cuatro de la madrugada, y los sonos de un tango de salón arrebuaban a las pocas

parejas que danzaban en la pista. A esa hora se empezaba a notar la merma en la concurrencia, y los yanquis pagaban su cuenta con dólares americanos. Él seguía escuchando el nombre de Dafne pronunciado con un amor mustio y abatido, y comenzó a pensar que realmente había sido la cabrita de Donoso en algún momento anterior a los tres meses que llevaban juntos. Y entonces interpretó algunos eventos a la luz de la revelación que lo había alcanzado en el *toilette* de caballeros, y recordó que la propia Laura le había dado la tarjeta del doctor para que le subsanara los problemas que tenía emboscados entre las encías.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por el aullido de un perro, cuyo pelaje ensombrecido había pasado inadvertido por el personal del lugar, hasta que llegó al lado de la típica en el instante mismo en que ofrecía un solo de bandoneón. El animal estaba sentado sobre su cola, movía el rabo alocadamente y aullaba con desesperación y altanería. Se interrumpió la interpretación, y Tony explicó a un público entre azorado y divertido que aquel improvisado intérprete no formaba parte del espectáculo, y que lo sacarían de allí lo más pronto posible. El director de la orquesta, hombre ducho con la música y con los perros, hizo algunas pruebas con su bandoneón, y determinó que la nota que lastimaba los oídos del mastín era el do bemol sostenido. Luego ejecutó una simple melodía arrabalera, y en los estribillos hizo sonar con insistencia el cuchillo hiriente de su instrumento para acompañarse con los potentes aullidos de un cantante tan inesperado cuan peculiar. A decir verdad, esto hizo reír a la concurrencia más que los remanidos chistes del cómico, al punto que el dueño propuso al director artístico quedarse con el animal y armar algún acto con el do bemol sostenido. Finalmente la razón primó, y ordenó que lo echaran a patadas a la calle y a la madrugada, y se asegurasen de que no volviera a colarse bajo el cortinado ineficaz.

En el momento del último recambio de orquesta distinguió al doctor, que de nuevo ocupaba su mesa. Un mozo le puso delante otra botella llena de pisco, y él comenzó a ingerirla con el escaso vigor que le quedaba para llevarse el vaso hasta los labios. Se sorprendió maldiciéndolo doblemente, por seguir amando a Laura –de lo cual ya no dudaba-, y por ser un aficionado a las bebidas fuertes... Sintió deseos de bajar y matarlo, pero habría sido descortés quitarle la vida en tal estado de indefensión.

Apenas dos o tres parejas bailaban cumbia en la última entrada de la sonora. Las cuatro y cuarto de la madrugada parecía un espacio de tiempo más adecuado para la conversación que para el movimiento. Afuera, el día se preparaba para despuntar, y nunca faltaba quien hacía añicos el sortilegio de la boite con el consabido comentario "ya está por amanecer". Un poco más tarde la magia se rompería definitivamente, cada vez que alguien, al trasponer los cortinados que daban al exterior, dejara que se colasen la frescura del alba y la primera claridad del día. Entonces nada tendría sentido: el amor ya no sería tal sino aventura, las mujeres glorificadas

recuperarían la condición de putas, y las verdades esenciales de la travesía parecerían estupideces cuando las amenazara el sol.

El último show de Las Tinajas se hacía con una ambientación diferente. Los artistas estaban cansados. La paloma del mago tenía varias plumas menos y escasas fuerzas para hacer lo que se esperaba de ella. Las desnudistas, aburridas de ponerse y quitarse la ropa y de sonreír sin ganas en las mesas, divisaban desde el escenario que el parroquiano prometedor se batía en retirada, llevándose el manojito marchito de amor y bienestar. Ya que muchos de los presentes habían visto al menos uno de los anteriores espectáculos, el cómico no despertaba hilaridad. En el mostrador, los mozos se apresuraban a presentar las últimas cuentas y a pedir los vueltos, así que el dueño se concentraba en el dinero de la caja y no tenía tiempo para contemplar a Dafne.

Y era exactamente entonces cuando él veía a su Laura con ojos de piedad, pues percibía lo que en ella se ocultaba de endeble y artificioso. No hay desdicha más grande que la de la belleza desdeñada, y la de Dafne era omitida en el salón casi vacío, donde pululaban sin verla los sobrevivientes de la noche. Algunos peleaban las cifras de la adición, pero al final pagaban y se alejaban mascullando un reproche. Los mozos levantaban vasos y ceniceros llenos de baba y rouge, manteles chorreados, marquillas de cigarrillo. Las botellas vacías iban a engrosar el cúmulo de desperdicios, y las que conservaban más de un dedo del valioso contenido volvían a la cocina para un sórdido reciclaje. Mientras tanto, una armónica y una guitarra eléctrica desganaada, que parecían brotar del corazón de la mujer que se estaba desnudando, marcaban las últimas arenas de una velada mágica.

Sabía que Laura demoraría casi veinte minutos en cambiarse, y no quería bajar y aterirse de frío en el exterior, o sentirse incómodo en los alrededores del mostrador, donde se hacía el arqueo de la caja en medio de discusiones de último minuto. El dueño se ponía nervioso cuando trabajaba bajo mucha presión, y parecía molesto al sentir la proximidad de gente ajena al lugar, en particular tratándose del hombre de su desnudista estrella. Por lo tanto se quedó en el palco un rato más, sin perder de vista al borracho semiinconsciente que era todo lo que quedaba del doctor Donoso.

El *maitre* en persona intentaba cobrarle las dos botellas de pisco y el laudo, pero un cliente tan vapuleado por el oleaje de la destilación ya no escuchaba ni lograba mantener los ojos vivos, y sólo el brazo fuerte de su acreedor lo sostenía respaldado en la silla y evitaba que se desplomara encima de la mesa. Podía ser que alrededor de la medianoche se tuviera algo de empatía con los mamados y hasta que se riera con ellos, pero después del último strip-tease de Laura ya no había consideración para nadie. Así que el *maitre* palpó a su cliente hasta encontrar la billetera en el interior del terno, la extrajo sin ansiedad y confiscó el importe de la deuda y el de la propina que honraba la acreditada dadivosidad de Donoso; después

la aseguró nuevamente en el mismo bolsillo, tal como lo habría hecho su propietario si hubiese conservado un atisbo de lucidez.

Enseguida, respondiendo a un gesto elegante y discreto del jefe de salón, dos fortachones que parecían entrenadores de *cachacasca* <sup>(\*)</sup> disfrazados de mozos tomaron al sacamuelas por debajo de los brazos y lo transportaron gentilmente hasta la acera, sin olvidar que su jefe les había recomendado por lo bajo "con cuidado, que es un buen habitué", aprovechando la ocasión para despacharse con una palabrita francesa, aunque la lengua de Racine y Corneille era tan arcana para él como el mapuche antiguo.

Miró su reloj con los ojos turbios por la confusión lumínica, y se enteró de que eran las cinco y cuarto de la madrugada. De lo cual no cabía duda, porque justo la tarde anterior se le había ocurrido la estupidez de ponerlo en hora minuciosamente. Le pasó por la cabeza la idea de atrasarlo o adelantarlo como hasta la víspera, de volver a vivir en una hora falsa, pero entonces comprendió que eso jamás había tenido sentido. Su preocupación por la consulta que se acercaba le dolía casi tanto como la muela carcomida, al punto de pensar seriamente en cancelar el compromiso con alguna excusa plausible, en el supuesto caso de que a media mañana el doctor subsistiera a los excesos alcohólicos y pudiera entender cualquier explicación irrefutable.

Cuando sacaron a Donoso ya no quedaba concurrencia en el local. Los artistas merodeaban el mostrador esperando recibir su salario semanal, ya que era día de pago y víspera de franco. Dafne demoraría un poco más que los otros días, pues prefería esperar con su compañera de camarín y cobrar al final y con más discreción. Cuando la vio caminar hacia la salida con el abrigo puesto supo que era el momento de bajar y esperar en la calle hasta que terminara de embolsar sus escudos y se despidiera de sus compañeros con un beso.

El viento de la mañana le azotó la cara cuando traspuso la cortina roja exterior. Se subió el cuello del saco y entibió las manos en los bolsillos, prometiéndose la compra de un abrigo para el siguiente invierno, pero uno bueno, de piel de camello. Pasó junto a las tinajas gastadas, salió a la acera para caminar bajo las primeras luces del día y se enfrentó con el espectáculo de otros amaneceres iguales, con cansancio y resaca equivalentes. Algunas putas todavía patrullaban la cuadra, obsesionadas con un postrer feligrés (la única manera de ser puta es convencida de que ronda el último cliente, pero el último de verdad, el último de la vida)... En cuanto a Donoso, lo habían abandonado a media cuadra del establecimiento convenientemente reclinado en un portal, sumergido en su semiinconsciencia y en sus semiinmundicias.

Dos prostitutas viejas caminaron hasta Donoso y comenzaron a hablarle para despertarlo. Él pensó que tenían la intención de robarle la

billetera aprovechando su desamparo, pero en lugar de eso lo ayudaron a incorporarse con mucha dificultad, y cuando lo tuvieron de pie, abrazado a las dos, lo condujeron hasta la parada de taxis de la puerta de la boite, desolada entonces.

--¿Qué pasa?

La voz de Laura le sonó cansada y sorprendida, a sus espaldas. Una de las mujeres apresuró la respuesta a borbotones.

--Mira cómo está Donoso, Laura. El pobrecito es un estropajo. Fíjate si puedes conseguir un taxi que lo lleve a casita.

Laura miró a su hombre, que a su vez la observaba desde un reproche. Los dos comprendieron que no era conveniente hablar de ciertos temas cuando faltaba tan poco para las seis de la mañana: los celos y el alba no son buena dupla. Ella titubeó un momento, y decidió que los ocultamientos tampoco completaban un buen trío a esa hora. Extrajo un pañuelo diminuto del bolsillo y lo pasó por el rostro del pestífero amigo, retándolo como a un chico.

--Cómo se te ocurre hacer esto, Alberto... No me gusta verte así... ¿Quieres que te llevemos a tomar un café, o te vas a casa?

Un odio nuevo se le atragantó en la glotis, destinado al sacamuelas diletante del alcohol. Ahora estaba sostenido por tres mujeres, ahora entornaba los ojos distantes y miraba a su Laura mascullando la palabra "casa". Si no creyera saberlo todo, si no intuyera la forma en que la amaba, si no lo atormentaran las imágenes de los dos sobre la cama como una mala película... si no... si todo eso... hasta simpatizaría con él (sin desmedro del pánico a someterse -en un rato nomás- a la ciencia de tal argonauta de los brebajes ardientes). Pero así, era imposible. Ahora miraba a Laura con expresión de borracho enamorado, ahora lo miraba a él, que estaba cinco pasos alejado del patético grupo... Si, era un sacamuelas de mierda, y se estaba enterando de que la mayoría de las prostitutas habían pasado por su sillón y abierto la boca para él, y abierto su cuerpo para él, con la modalidad de un intercambio de servicios en el que sólo les cobraba los materiales odontológicos y sólo pagaba con su mano de obra profesional. Otras noches iguales a esa había instituido una cooperativa de trabajo que se prolongaba en la vida diurna.

Ahora lo miraba a él, ahora se le descolgaban los párpados de nuevo y clausuraba el oído al parloteo de sus tres edecanes.

--Ahí viene un taxi. ¿Lo paro?

Advirtió que había dicho eso retóricamente, pues el taxi ya estaba deteniéndose frente a la parada. Laura le pidió, sin mirarlo, que abriera la puerta para que las tres pudieran acomodar el cuerpo garboso de Alberto (¡zorra, lo llamó Alberto otra vez!) en el asiento de atrás. Este proceso de estibaje duró unos minutos, y después Laura lo besó en la mejilla con medio cuerpo metido dentro del vehículo.

Ahora Donoso abría los ojos como podía, retenía a Laura por un brazo y la quería llevar con él.

--Vente, po, no sea íi fome...

--No puedo, Beto, no estoy sola... Vete a casa, descansa mucho, y nos vemos otro día.

El brazo de Laura resbaló en la mano casi inerte del hombre, que reclinó la cabeza en el asiento y volvió a percibir la realidad como algo lejano y contradictorio, donde la mujer que amaba, donde las putas y la boite, donde sentía que no había vomitado lo suficiente. El conductor, asiduo concurrente de esa parada en particular, observaba la escena con desinterés, pero ya había echado a andar el taxímetro.

--Señor, tiene que llevarlo a Valparaíso, a... -indicó Laura.

--No se preocupe, sé dónde vive el caballero: lo he alcanzado en otras oportunidades.

--Gracias.

Ella cerró la puerta y el vehículo partió como una ambulancia, con las luces altas hendiendo las sombras de la calle que se resistían a desaparecer en la incipiente claridad de lunes.

Caminaron a casa, pues no estaban a más de siete cuadras. Transitaban en la zona gris del día en que los trasnochados se confunden con los madrugadores, todos cansados, yendo y volviendo. Volvían de muchas cosas, de tres meses de amor, volvían sin hablarse, tratando de adivinar lo que pensaba el otro, cuánto sabía el otro, cuánto pretendía ignorar. La siguiente esquina les dio una digresión momentánea al clima que respiraban, cuando se toparon con el perro cantor de los quince minutos de fama, el mastín negro que bebía con ansiedad el agua de una charca, con una sed que justificaba su noche de juerga. Estuvieron tentados de acariciarle una oreja o decirle palabras melodiosas para que moviera la cola, pero temieron que los siguiera, y lo dejaron atrás.



El departamento los recibió con el frío de su propia ausencia, y mientras se desnudaban para ir a dormir él se sacó un grandísimo peso de encima, casi tan grande como la infidelidad retroactiva de ella:

--Tengo que hacerme un conducto con Donoso, a las 10.

Se miraron con desconfianza. En otras circunstancias ella le habría hecho una broma, se habría reído de él, pero en las actuales él lo interpretaría como una burla a su masculinidad, a su amor propio viril.

--Cancela el turno, es lo mejor.

--No sé... Tengo mucho dolor... Prefiero que él se niegue a atenderme... No sé...

Recordó un poema de Neruda, el único que sabía de memoria, rémora del colegio secundario. Le gustaba la liberalidad del poeta, su confianza en sí mismo, su seguridad en lo amoroso y su comunismo sexual. Sólo así cobraba sentido el poema.

### **SIEMPRE (Pablo Neruda)**

***Antes de mí  
no tengo celos.***

***Ven con un hombre  
a la espalda,  
ven con cien hombres en tu cabellera,  
ven con mil hombres entre tu pecho y tus pies,  
ven como un río lleno de ahogados  
que encuentra el mar furioso,  
la espuma eterna, el tiempo***

***¡Tráelos todos  
adonde yo te espero:  
siempre estaremos solos,  
siempre estaremos tú y yo  
solos sobre la tierra  
para comenzar la vida!***

Él siempre se había pensado así, se había sentido así con sus parejas anteriores, y ahora admitía para sí mismo que en realidad era falta de interés. La diferencia estaba en que le costaba mucho la mera idea de

aceptar a Laura con un río de hombres, con un dentista en la espalda, susurrando entre los dos y dándole consejos de cómo cepillarse los dientes, mientras hacían el amor. No, él quería a una mujer que sólo fuese suya, que hubiese sido únicamente suya incluso antes de conocerlo. Y eso, claro, no se logra con una hembra como Laura (que además era Dafne), aunque también esta convicción era una estupidez machista.

Después se dijo que podía soportar el río, pero al dentista amateur del pisco... a ese no. En el fondo lo ofendía su porte elegante, su desplante desenfadado, su solvencia económica, el atractivo de una madurez gallarda al que las mujeres no suelen ser inmunes.

Cuando regresó del baño Laura ya dormía en la penumbra, como si se hubiese muerto mientras él orinaba. Se tendió a su lado y la contempló un rato bajo los rayitos de sol que se colaban por la persiana. Notó que, dormida, era una de las mujeres más desagradables que había conocido. Abría mucho las piernas, abría la boca y a veces mojaba la almohada con un hilillo de baba. Daba en la cama las vueltas necesarias para enredarse con la sábana, y el cabello rubio se le encrespaba con el exceso de almidón de la ropa blanca.

Trataba de no pensar en la muela y en su ejecutor, pero no podía. El dolor le impedía dormir, el cuerpo de su mujer despedía un calor fastidioso, y su aliento le reveló que en la mesa de los yanquis no sólo había consumido té con hielo.

A las 9 no aguantó más y se levantó. Se higienizó la boca y las axilas, se vistió con ropas de paciente y salió con sigilo a la calle, rumbo a la cita tan temida.

La geografía urbana había variado en las últimas dos horas. Estaba empezando a hacer calor, característica de un clima mediterráneo. Ya no había noctámbulos a la vista, y él se sintió agotado, con un cansancio insomne provocado por su dificultad para dormir durante el día, con el profundo repudio de lo vespertino que Laura no le había podido contagiar. En el fondo sabía que cada vez que perdía una noche de descanso tardaba más de un día en volver al ciclo normal de su vida, a la secuencia dormir-levantarse-vivir-acostarse-dormir, que repetía en horas más o menos fijas.

Una micro azul que rebuznaba con sonido metálico lo llevó a Valparaíso bordeando el mar, que relucía con una mezcla de azul y verde pintado a la acuarela por un Turner ciclópeo. Bajó en la plaza y caminó varias cuadras hasta el consultorio de Donoso, retrasando el momento de subir al patíbulo-sillón y enfrentarse con el torno-guillotina, e intentando encontrar serenidad en el conteo de las baldosas que iban quedando atrás y en el pasado.

Nada podía ayudarlo ya, ni siquiera el reloj que corría con rigor inexorable hacia las diez de la mañana. La flechita pequeña en el diez, la grande a cinco minutos del doce, y la puerta del edificio abierta de par en par, con el conserje franqueándole la entrada y convirtiendo en una postergación estéril el hábito de anunciarse por el portero eléctrico.

Ascensor. Arriba. Más ascensor. Dolor. La muela. Calor sofocante, calor de menopausia, según dicen. Cada trac-trac de la puerta metálica marcaba un piso que quedaba debajo. Dolor y ascensor, y calor. Las diez en punto, hora oficial. El ascensor se detuvo, y ahora silencio y calor, al salir al pasillo. Una claraboya derramaba luz sobre las baldosas recién trapeadas. Calor y dolor, y la muela. La puerta barnizada de Donoso, la chapa profesional, "doctor en odontología, 10 a 17 hs.". Apoyó el pulgar en la cucaracha blanca del timbre y le arrancó un gemido resuelto, pero no insistente. Después esperó a que algo sucediera, avanzando en el tiempo a través de las múltiples posibilidades fácticas en que se bifurcaba la continuidad de ese momento.

Supuso que lo más probable era que nadie abriera, que el doctor estuviese tirado en un rincón del consultorio, el cual –según sabía– hacía también las veces de vivienda desde que se había separado a principios de ese año. A lo mejor lo recibía la sonrisa de una secretaria largamente planificada y nunca contratada, que esa mañana había comenzado a trabajar para disculpar a su jefe frente a los pacientes del día. O mejor aún, Donoso mismo se asomaría a ver quién interrumpía su convalecencia, con los ojos inyectados en sangre y la boca pastosa.

Se dijo que el tiempo no era una secuencia, que era mucho más que una suma de eventos unidos por las cosas y las personas, que el tiempo era la pelotita de acero de un flipper **Bally/Williams** y podía saltar en las bandas históricamente, subir o bajar por los pasillos, agitarse en los *bumpers*, ocultarse en los raíles de 50 créditos o perderse para siempre en el pozo fatal. Eso era el tiempo, y el suyo rebotada frente a la puerta roja de aliso sin que él supiera a dónde iría a parar apenas un instante después, apenas ahora.

La primera señal de vida le llegó con los pasos que se acercaban del otro lado, con un pestillo que se descorría, con la hoja que se abría y exhalaba un aroma de antisépticos. En el marco se recortó una figura que no era la del chupado que no sostendría el torno de agua sin riesgo para los dos, sino la del consabido profesional de la salud que jamás le había provocado un dolor en sesiones pasadas. Se asombró al encontrarlo perfectamente afeitado y con el rostro fresco, con el cabello húmedo peinado cuidadosamente hacia atrás, luciendo una impecable bata blanca adornada con las iniciales "AD" por si cabía alguna duda acerca de la identidad de quien se ataviaba con ella.

--Buen día. Usted siempre llega puntual... Pase, por favor.

Donoso lo había recibido con una sonrisa cordial, sin tenderle la mano como otras veces (detalle que no podía menos que advertir). Lo enfiló directamente al consultorio, adelantándose como si tuviese que abrir camino en la jungla. Al entrar alcanzó a ver una habitación contigua cuya puerta interna estaba entornada, y supo que en un catre de metal con las cobijas revueltas había sucedido el milagro de la resucitación, la transformación del hombre-pisco en el capitán de alta mar que se aprestaba a timonear su acorazado contra un enemigo con forma de muela.

Mientras él se acomodaba en el sillón el otro cerraba la puerta indiscreta, maldiciendo el no haber podido evitar el fisgoneo delator. Luego se calzaba los guantes de látex y se acomodaba en la banqueta, junto a su víctima.

--Vamos a ver. Cómo anduvo la cosa.

Notó que había vuelto a hablar como un dentista. Eso era lo primero que el alcohol volatilizaba: el lenguaje. Un borracho se expresa como un borracho, por más que sea ingeniero, decorador de interiores o agregado cultural (con lo penoso que puede ser que la cultura sea un agregado, un apéndice, algo en lo que se pensó después). A un dentista, sobre todo, jamás debe escapársele el modismo "po".

Le refirió, tratando de ser conciso y explícito, la magnitud de su dolor. Enfatizó la duración de su dolor, la forma en que se presentaba de improviso, la manera en que lo invadía y lo anulaba. En suma, él no era él, era su dolor, y esa situación debería terminar cuanto antes, al margen de cualquier otra consideración. Pero...

--¿Pero qué? –indagó Donoso

Se miraron con desconfianza, estudiándose, midiéndose sobre un *ringside* imaginario, intentando decidir por qué ángulo podrían pegarse con mejor efecto, en caso de necesidad.

--Pero si usted prefiere, podemos hacerlo en la próxima sesión... A lo mejor necesitaremos más tiempo.

--Nada de eso, faltaba más. Hoy tenemos agendados dos turnos de media hora, para hacer el conducto y terminar otros arreglos. ¿Acaso no lo recuerda?

--Si..., si, ahora que lo menciona...

--Bien. Entonces será mejor comenzar de inmediato. Permítame ponerle el babero –concluyó, encendiendo el reflector sobre su rostro.

Después de los últimos preparativos atávicos le colocó la manguera de succión, y acomodó al alcance de la mano la mesita que exhibía el instrumental quirúrgico y dos jeringas. Tomó una de ellas con parsimonia, la cargó diestramente con un tubito de anestesia como si empujara una bala en la recámara de un rifle, la golpeó con el dedo anular e hizo saltar un chorrito en el aire por algún motivo oscuro que sólo conocían sus colegas y él. Enseguida le pidió que abriera bien la boca y se relajara para poder inyectarle el medicamento, y esperó sin impaciencia el momento de asestar la primera estocada sobre las rojas encías.

Él malició las intenciones del otro y sintió pavor. Sin notarlo iba corriendo la cabeza, moviéndose en el sillón para escamotear la carne al arma de su rival. Las manos, crispadas en los apoyaderos del sillón, le transpiraban casi tanto como la frente, y al mirarse en los ojos del doctor supo que estaba al tanto de su miedo, de su odio y de que él era el hombre de la mujer que amaba.

Vio que el repugnante aficionado al alcohol dejaba la jeringa sobre la mesita y se cruzaba de brazos.

--Así no podré trabajar... Debería serenarse, pues está muy nervioso.

--Ji, ja o je... -Se extrajo de la boca el eyector de saliva y recommenzó su réplica: - Si, ya lo sé. No tendría que haber venido.

--No, no, hizo muy bien en venir. Su problema bucal exige una atención inmediata...

--Puedo esperar unos días más... Debo esperar, si vamos al caso. – Se infló de coraje, lo miró con un aire vagamente desafiante y completó la idea: - Me parece que usted no está hoy en condiciones de atenderme con idoneidad.

En el silencio que se produjo se podía percibir la respiración de los dos, sacudiéndose en sus bocas. El asunto estaba planteado, y ninguno de ellos podía dar vuelta atrás.

--Está bien, entiendo... Recuerdo que lo vi hace un rato, y que yo no mostraba mi mejor aspecto. Pero si me permite, quisiera que fuésemos por parte, y resolviésemos los dos malentendidos que se han instalado entre nosotros.

--Eso sería lo mejor.

--Por supuesto... --Hizo una pausa escénica, y continuó: - En primer lugar, usted debe enterarse de que Laura y yo terminamos nuestra relación hace dos meses... "Terminamos" es una forma digna de decirlo: ella le puso fin.

Una simple aritmética desnudó la infidelidad de Laura, la vileza de su amor declamatorio, tres meses, dos meses, un mes, ya no importaba. Se sintió bermellón hasta el páncreas, pero mantuvo la compostura. En el fondo parecía que toda la noche había sido una lenta preparación para enterarse de la verdad en esas extrañas circunstancias, una verdad infame que a lo mejor era una verdad chiquita, parte de otra verdad mucho más vasta y desgarradora. Lo bueno era que se lo hacían saber de frente, que se lo confesaba su oponente, que no tendría que adivinarlo cada hora del día en miradas, gestos, incongruencias discursivas y síntomas cronológicos. Sin duda, así era preferible, y lo único que le molestaba era sospechar que esta predilección podía estar encubriendo una sutil claudicación y un inconfesable deseo de evitar confrontarse.

--Ustedes terminaron después de que ella y yo comenzamos... Eso no se le hace a un paciente, ¿no cree?

Donoso lo miró algo perplejo, porque jamás había meditado en que al amar a Laura faltaba a la ética médica. Aunque se había recibido en un año en que no se exigía el juramento hipocrático, recordaba bien aquello de "MANTENDRÉ MI VIDA Y MI ARTE ALEJADOS DE LA CULPA", pero no lograba discernir si la frase podía aplicarse al mandamiento que vedaba a la mujer del prójimo (le parecía que era el sexto, pero no estaba seguro).

--¿Qué puedo decir? Sólo sucedió, y hasta supongo que ella y yo ya éramos amantes cuando usted apareció... En fin, esa historia fue breve y terminó hace bastante, sin posibilidades de recomenzar... En todo caso, lo que debemos hacer es dejar esta cuestión al margen de nuestra relación médico-paciente... Si está de acuerdo, por supuesto...

Él vaciló un instante antes de tomar una decisión, tratando de discernir quién tenía la culpa de semejante galimatías. Luego se dijo que estaba muy cansado para hacer de esa situación un *casus belli*, y que al fin y al cabo no valía la pena luchar una batalla que los hados ya habían decidido en su contra.

--Por mí está bien, estoy de acuerdo...

--En cuanto a lo otro..., quiero enseñarle algo que acredite mi idoneidad como cirujano dentista, algo que le haga pensar que el que vio anoche no tenía nada que ver conmigo y con este momento. Fíjese --intimó, quitándose los guantes.

Se corrió un poco hacia atrás con la banquetta, arrugó la bata y la camisa hasta dejar a la vista sus muñecas desnudas, y después, conminándolo con amabilidad a observar detenidamente, estiró los brazos hasta dejar las dos manos a la altura de sus ojos, con las palmas hacia abajo, semejando en el aire a pájaros blancos y desinfectados, o más bien a estatuas de pan de esos pájaros.

--Tómese su tiempo. Observe concienzudamente.

Se incorporó unos centímetros en el sillón y aceptó el desafío. Contempló las manos inmóviles que flotaban en el aire frente a él e intentó descubrir en ellas el temblor de la noche pasada, el estremecimiento de la ingesta despiadada de alcohol, la palpitación del corazón que latía -o había latido- sólo para Laura. Cada tanto se miraban para adivinar los esfuerzos del otro por obtener la victoria en tan extraña compulsión, y se ensimismaban otra vez en el papel que les correspondía interpretar en tan singular pieza de teatro: Donoso mantenía las manos inmóviles aparentemente sin grandes esfuerzos, y entrecerraba los párpados para ayudar a la concentración; él, por su parte, fijaba toda su atención en la mirada, hasta que comenzaron a lagrimearle los ojos debido a su esfuerzo para no pestañear.

--Está bien, usted vence –aceptó de mala gana-. Debo reconocer que su pulso es firme, y eso me tranquiliza bastante, si he de ser sincero.

Donoso bajó los brazos, ufano, mientras él se preguntaba cómo lograba semejante prodigio. La mejor explicación lo llevaba a la posible existencia de un gemelo, de otro Donoso descarriado y quizá repudiado por la familia, pero eso sólo pasaba en las novelas de la tarde.

Vio que el dentista se calzaba otra vez los guantes quirúrgicos, tomaba la jeringa y se disponía a trabajar en su boca.

--¿Podemos proseguir, ahora que aclaramos todo?

--Si, proceda –consintió, mucho más tranquilo. Se colocó él mismo la manguerita que le hacía cosquillas en la encía y se relajó lo necesario para recibir el pinchazo.

Cerró los ojos para protegerse de la luz potente que le hería las retinas, y pensó que después de unas cuantas horas todo estaba bien. Se sentía relajado, ya no le importaba Laura, quería olvidar *Las Tinajas*, los amaneceres con mal gusto en la boca y dolor de espalda, la sensación soporífera del pisco, el sentimiento de que su vida no conducía a ninguna parte.

Todo se lo debía a su dentista, había que aceptarlo. Mientras lo sentía trabajar con los pinches y el torno sonoro, mientras le mataba al

maldito nervio como un Quijote a su molino, llegó a la conclusión de que lo habían engañado en un aspecto fundamental, pues aquel hombre evidentemente no era un aficionado a la bebida, un amateur del alcohol, no señor, nada de eso...

DONOSO ERA TODO UN PRO-FE-SIO-NAL.

\* \* \*

***Las Tinajas* cerró sus puertas en 1974,**

**agobiada por problemas financieros  
y por el quiebre de la vida nocturna  
que suscitó el golpe de estado  
de Pinochet. Unos años después aparecieron  
pubs, boliches, discoteques, discos, cantobares, nighclubs, etc., etc.,  
pero la boite, como fenómeno social, dejó de existir,  
siguiendo los pasos del *cabaret*. Hoy no hay  
ninguna en Viña del Mar.**

\* \* \*

**Alberto Donoso se jubiló de la Marina en 1983, y en 1991 abandonó  
la práctica privada de la odontología. Actualmente vive  
en un Hogar Naval de Valparaíso,  
sufre de mal de Parkinson  
y tiene estrictamente prohibido  
por sus doctores  
el consumo de bebidas con alcohol.**

\* \* \*

**El mago retornó a la actividad circense, solo,  
pues su asistente prefirió continuar  
trabajando en la  
noche,  
realizando prodigios inenarrables. El mago pasó de  
circo en circo, de arena en arena,  
feliz y solo, solo pero feliz.  
Recientemente lo encontraron muerto  
en su carromato, con la paloma dormida sobre su pecho.**

\* \* \*

**Salomé y el *maitre* se toparon una tarde en la calle  
Valparaíso, tomaron un helado, se contaron la vida. Cuatro meses después**



contrajeron matrimonio,  
y formaron una familia que llegó a  
tener dos hijos, cuatro nietos y un gato. Él trabaja en una parrilla  
de la costa, de 10 a 24 hs. Ella hace esfuerzos  
muy meritorios para combatir  
su obesidad.

\* \* \*

Del perro, claro está, nadie sabe nada. Quien tenga  
información puede enviarla a [hgorla@hotmail.com](mailto:hgorla@hotmail.com).

\* \* \*

Tony intentó de varias maneras ganar dinero con su voz.  
Fue cantante, animador, recitador,  
y todo lo hizo mal. Un amigo  
de la noche le ofreció  
la oportunidad de realizar una  
prueba en la radio más importante  
de la ciudad, y desde entonces  
tiene su propio programa  
nocturno, en el que pasa  
música, lee poemas  
y cuenta anécdotas como  
la del perro cantor.

\* \* \*

*Miss Tetas de Chile* hoy es Adriana Fuentes,  
propietaria de la cadena de boutiques  
"Chez Adri". Estudió Diseño de Indumentaria durante  
tres años,  
y el rubro en el que  
su creatividad descolló  
fue el de los *soutiens*, que se  
hicieron famosos en el país  
y se exportaron a Holanda. Nunca se casó,  
y aunque las malas lenguas le endilgan inclinaciones  
lésbicas, jamás se pudo  
demostrar nada de eso,  
así que probablemente no sea más que una gran patraña.

\* \* \*

Del cómico no se sabe nada, pero a nadie le interesa.

\* \* \*

Leticia Rivera grabó un disco  
de boleros, y sólo lo compraron  
sus amigos, a pesar de que tenía buena  
factura  
y no carecía de mérito artístico.  
El siguiente L.P. tuvo el  
mismo resultado,  
y desalentó a los  
de la discográfica. Luego enfermó,  
después sanó,  
vio casarse a sus hijas  
y crecer a sus nietos. Hoy sólo  
canta en reuniones  
de amigos.

\* \* \*

El propietario de *Las Tinajas* conservó durante  
muchos años el enorme local, con la  
idea de  
reabrir la boite cuando  
mejoraran las cosas. Finalmente  
desistió de tal intención en 1979, y vendió el  
inmueble a una familia coreana  
que inauguró allí un importante supermercado,  
en la ignorancia de que muchos años antes  
tantas mujeres hermosas –o no-  
se desnudaban en el sector de la carnicería.

\* \* \*

Él terminó la relación con Dafne de  
una extraña manera. Se cuenta que regresó  
del dentista aquella misma mañana, hizo las valijas en  
silencio, mientras ella dormía, y se aprestó a  
partir. Previamente la despertó con dulzura, la besó en  
la frente, y por única explicación  
le dijo una palabra: “¡Putá!”. Después se fue a la casa de una  
antigua amiga, quien lo inició en el evangelismo  
proselitista y lo apoyó desde entonces en sus homilias callejeras de los  
domingos  
contra la pornografía  
y la prostitución.

\* \* \*

Dafne... ¡oh, Dafne! Estuvo  
sola durante  
un tiempo, hasta que aceptó por fin  
la propuesta del dueño de *Las Tinajas*,

con quien se casó en 1973 a pesar de la  
trigésima quinta diferencia de edad. Concibió una hija  
algunos meses después, y aunque su marido sospecha que el verdadero  
padre es un adolescente de la vecindad  
(con quien ella intercambiaba  
revistas de "Los Superhéroes" y se quedaba sola  
en la casa mientras su esposo atendía una flamante fuente de soda),  
adora a esa hija como si realmente  
estuviese convencido de que es  
sangre de su sangre. Dafne... ¡oh, Dafne! sigue  
siendo amiga de Adriana Fuentes,  
y tres o cuatro veces al año  
se queda a dormir en su departamento  
de Santiago para admirar sus tetas,  
que siguen siendo para ella las más grandes y  
bellas  
de Chile.

\* \* \*

Jesús Lema, el único artista *strictu sensu*  
internacional del show de *Las Tinajas*,  
viajó a Venezuela y de ahí de nuevo  
a España, aburrido de la tormentosa  
vida política de las naciones  
americanas en la década del '70.  
Diez años más tarde  
abordó un avión que lo llevó por ultima vez  
a su patria, Argentina, definitivamente.  
Aunque con la democracia pudo expresar  
muy abiertamente su homosexualidad,  
y luchó por los derechos  
de las minorías sexuales,  
en realidad era demasiado  
mayor para esas lides,  
y finalmente se  
contentó con seguirlas  
por televisión desde  
la casa  
de su  
hermana.

\* \* \*

La madre de Dafne completó la crianza de  
su nieto con un amor maternal. El joven demostró inclinación  
por el deporte, y fue campeón del Nacional de  
Fútbol de 1993. Por razones obvias no revelamos  
el apellido, debido en parte a que  
él mismo prefiere pensar que su  
madre, a quien jamás ve, es su tía,  
y que su verdadera madre no es otra que  
la mujer mayor que lo

crió, aunque muchos pretendan  
convencerlo de que en  
realidad es su abuela.

\* \* \*

El director artístico falleció trágicamente en  
un accidente de aviación, o al menos  
esa fue la versión oficial. Hay quienes  
afirman que lo "chuparon"  
los milicos y lo ejecutaron  
en el Estado Nacional, debido a que  
el hombre era un  
activista de la extrema  
izquierda... Quién  
lo hubiera dicho...

\* \* \*

El adolescente de la vecindad regresó a su Buenos  
Aires natal en 1974, y estuvo a punto de volver a ver a  
Dafne en un viaje a esa ciudad que ella  
hizo a principios de los ´80. Lamentablemente  
llegó tarde al hotel donde se hospedaba, y no  
pudo hacerle la pregunta  
que aún lo sigue lacerando.  
En la actualidad  
escribe cuentos excesivamente largos.

\* \* \*

El director de la típica era mi padre.

\* \* \*

---

(\*) Apócope de *Catch as Catch Can*.

## **Momento de una mujer sola y un niño.**

La mujer era insospechable y usaba una larga pollera negra, plisada cuidadosamente. El marco de los anteojos era muy antiguo, y al observar su rodete el niño se preguntaba cuánto tiempo ella se detenía frente al espejo, muy temprano en la mañana, y con dotes de arquitecta o de artista entrelazaba su largo cabello negro en la carda de los dedos, lo arrebuja en el aire y lograba ese arreglo que pendía a la altura de su nuca señorial, delineado siempre por las peinetitas de nácar castaña. Para el niño era indefinida la edad de la mujer, pues aunque su aspecto respetuoso le señalaba que estaba en presencia de una señora mayor, vagamente sospechaba que tenía menos años que su madre, en quien no reconocía la misma tersura de la piel, las manos sin arrugas, la frente lisa, el aroma de una juventud encubierta...

Y aunque su padre lo había advertido muchas veces acerca de la inconveniencia de hablar con extraños en la calle, el niño estaba convencido de que la mujer no podía causarle daño alguno, ella menos que nadie... La había visto por primera vez en la heladería de la avenida, hasta donde lo dejaban llegar solo, pero ojo, sin cruzar; ella, que estaba sentada cerca de la empleada, se acercó para ofrecerle un helado más grande que el que iba a comprar, pagándole la diferencia. Luego se sentaron juntos y charlaron un largo rato, incluso hasta después de que arrojaron los cucuruchos y las servilletas al cesto. Ella le preguntó por el colegio, por los juegos, por su familia... El niño supo que la mujer era viuda y que vivía a una cuadra de allí, sobre la avenida pero en la vereda de enfrente, y sólo pensaba "ojo, sin cruzar".

Ese verano compartieron muchos helados, siempre de frutilla y crema chantilly, que eran los gustos preferidos del niño. Ella había pedido toda su vida chocolate y dulce de leche, y recién ahora descubría lo deleitable de los sabores que le agradaban a su amiguito, dulces y claros, agradables al paladar, frescos y suaves como no recordaba nada de su vida reciente.

--Papá, me hice amigo de una señora.

El padre lo miró y no dijo nada. El niño le hizo saber que era una señora muy buena, que le compraba helados y le hablaba de cosas amables. El padre no dijo nada, y se asombró cuando la mujer le mandó decir que invitaba a su hijo a tomar la merienda en su casa de la avenida, ahora que el verano terminaba y el clima era más apto para una taza de chocolate caliente que para postres fríos... Miró a su hijo de diez años y no dijo nada, pero se sintió incómodo con la nueva amiga adulta que parecía quererlo bien. Aún así lo autorizó a ir a merendar con ella el sábado siguiente, y por

primera vez le dio el exequátur para cruzar solo la avenida, respetando las luces de los semáforos y fijándose bien que no viniera ningún auto...

Al niño le temblaban las manos cuando pulsó el timbre que estaba junto a la puerta negra que resguardaba a la mujer. Intuía en su visita algo incitante y vedado, pero no podía precisar con certeza qué era. Los minutos que ella tardó en abrirle le parecieron eternos, pero se relajó cuando vio su sonrisa y recibió un beso en la mejilla que lo alentó a pasar al enigmático interior.

Subieron una larga y crujiente escalera y llegaron a un enorme comedor, con una mesa de caoba en el medio y repisas con infinidad de fotografías en blanco y negro. Sobre la mesa estaban las tazas, las masas finas, las servilletas primorosamente dobladas. Sintió que nunca lo habían agasajado así, ni siquiera en su cumpleaños, y se llenó de orgullo, mientras la sensación extraña que había sentido antes de entrar le roía las ideas y lo abandonaba sin respuestas frente a un sinnúmero de interrogantes que él percibía como una vaga inquietud.

Notó que ella no tenía puestos los anteojos, y que el cabello caía sobre sus hombros y su espalda con una libertad nueva. Y sólo entonces se percató de que la mujer tenía unos hermosos ojos verde-oscuros que lo miraban desde muy adentro, con una mirada parecida a la de su madre cuando no estaba enojada y no sufría una crisis alcohólica.

--Fíjate, este era mi marido.

El hombre lo observó con gesto adusto desde un retrato en sepia, casi como si le reprochara algo.

--Lindo traje –se le ocurrió decir, y supo que era otra de las tantas estupideces que se le escapaban cuando no sabía qué decir.

Ella rió con ganas, mientras ponía otra vez la foto en la repisa correspondiente (se veía que era una señora ordenada y metódica). El niño degustó las masas finas tratando de no demostrar ansiedad, aunque hacía mucho que no le servían manjares de confitería tan ricos como las bombas de chocolate, las trufas, los pañuelitos de crema y frutilla que tenía frente a él...

Entonces sus ojos se detuvieron en una foto diferente, la única de color que había sobre el estante del rincón opuesto al ventanal. Estaba separada de las demás, y sobresalía tanto en la geografía de la sala que se asombró de no haberla visto en primer lugar, de no haberle preguntado a ella, antes que por las otras, por la imagen de ese niño, que por cierto no carecía de semejanza con él.

--¿Quién es ese chico? ¿Otro amigo?

Ella sonrió y le tomó la mano sobre la mesa. Después se incorporó lentamente, levantó el retrato y se sentó junto al niño, muy cerca del niño, tan cerca que le permitió sentir su calor. Detuvo la imagen del otro chico frente a los dos, y habló con una modulación suave y tierna, que por un instante le recordó algunos momentos con su madre, pero hacía mucho tiempo, antes del alcohol, antes de la locura y de todo...

--Se llamaba Martín. Y no es un amigo; mi único amigo eres tú... Él era mi hijo...

--Ahhhhh... Y ¿dónde está? A lo mejor podemos hacernos amigos él y yo...

Una sombra aleteó sobre el rostro de la mujer, y el niño pensó que había dicho una nueva estupidez...

--No, no vas a poder conocerlo. Ya no está entre nosotros... Pero gracias... Estoy segura de que habrían sido muy buenos compinches...

La mujer le dio un beso en el cachete, lo despeinó en un gesto de ternura, y volvió a poner la foto de color sobre la repisa del rincón. Después se recompuso y le ofreció más chocolate con leche.

--Bueno, voy a tomar otra taza. Está muy rico...

--Ya te lo traigo.

Ella iba a llevar las tazas sucias cuando se escuchó el sonido del timbre, nervioso e insistente. Dejó las tazas nuevamente sobre la mesa y bajó con el ceño fruncido, indagándose acerca de la inoportuna visita. El niño aprovechó ese momento de soledad para llevarse otra masa fina a la boca, justo cuando la voz de su padre llegó a él desde la puerta de calle, alterada y enérgica, en un incremento resonante que caracterizaba otro de sus progresivos arranques de furia.

Lo oyó insultar a la mujer, que no atinaba a defenderse de la andanada de improperios e imprecaciones. Lo oyó acusarla de depravada, de degenerada y abusadora de menores, escuchó claramente cuando le gritaba "puta vieja". Después fueron los pasos de su padre los que agitaron golpe a golpe la escalera de madera, hasta que lo tuvo junto a él sujetándolo por un brazo.

--Vamos a casa, y no te quiero volver a ver con esta mujer, mucho menos acá.

--Pero papá...

--¡Pero papá las pelotas!... ¡Vamos!

Bajaron en dos o tres trancos y pasaron junto a la mujer, que permanecía petrificada en la puerta de la casa, del lado de adentro. Jamás se había sentido tan humillada. Cuando vio que el hombre, furioso aún, jalaba a su hijo como a una cometa, y cuando cruzó su mirada con la que la observó furtivamente desde un pequeño rostro arrebatado de vergüenza, supo que el niño sentía la misma mortificación. Alea jacta est... Pensó que estaba jugada en la tarde gris, que el niño y ella estaban jugados como dados que el destino acababa de arrojar sobre el paño de la tarde verde. Y cerró la puerta detrás de los últimos agravios, de la cólera injustificada que se alejaba por la avenida, del niño que no era suyo y que se parecía tanto a Martincito...

Como en esa época las heladerías cerraban todo el invierno, no volvió a verla por allí. Tampoco se cruzó con ella en la avenida, y no se atrevió a pasar por la puerta de su casa, a tocar su timbre, a espiar su salida o su entrada... El verano siguiente el padre desactivó permanentemente la consigna de "ojo, sin cruzar", pero aún pesaba sobre él la prohibición de acercarse a la mujer. Unos meses después se mudaron a otra ciudad, y allí el niño padeció la adolescencia y descubrió el amor.

En su casa nunca se volvió a hablar del asunto, y para él fue mejor así, pues prefería no mancillar innecesariamente el recuerdo de la mujer... El niño pensaba que su padre nunca iba a cambiar de opinión acerca de aquel episodio, pero él se comprometió secretamente a buscar a la mujer algún día, a mirar de frente sus ojos verde-oscuros y a pedirle perdón.

Agosto 18 de 2004.



## La ley de Moraga (el que la hace la paga).

"Mira a quien tengo acá, po. Ni más ni menos que a Moraga, el culiao que tuve de profesor en sexto grado. Hazte el vivo ahora si puedes. Ahora que la venda te separa de mí y de todo, y que ni siquiera te da para rascarte el culo porque te hemos atado a la espalda y arrojado al agujero más húmedo de este hotel... Tú ni te debes acordar de mí, eso es seguro. Yo era el cabrito esmirriado de la tercera fila al fondo, a quien le enseñaste a sentarse como se debe a punterazos en la espalda o con la presión de tus dedos sobre mis hombros, jalándolos pa`trás... Chucha que me jodías, culiao. Pero chucha que lo lograste. A veces me acordaba de ti en los años del entrenamiento militar, porque ahí había que sacar pecho a la fuerza y dejarse de joder. Si pudieras verme ahora estarías orgulloso de mí, pero no te voy a hacer el servicio, po. Déjalo así. Este es mi turno de enseñarte cosas, vai a ver. Has caído bajo mi ley, la ley de Cuevas."

Moraga oyó que unos pasos enérgicos trasponían la puerta de metal y se acercaban a él. Una mano firme lo sujetó por la nuca mientras la otra mano le pasaba por la boca un trapo remojado.

--Agua, agua..., por favor...

"No podí tomar agua. Mínimo tienen que pasar cuatro horas después de la picana, y no quiero que te me mueras tan pronto, o no quiero que te mueras. No sé. Nunca te tuve ojeriza, y siempre respeté la ley de Moraga porque era justa y merecida. Eso era entonces, claro, en la escuela 75... Después me contaron cosas feas de ti, po, y la vida nos arrojó a este calabozo hediondo donde vamos a huevear un tiempo. Tú en el piso sin saber qué te va a pasar, yo tratando de que digas la verdad y sin que malicies qué te va a pasar... Cómo se te ocurre, penca. En qué cabeza cabe enfermar la mente de los chiquillos con toda esa mierda comunista..."

--Por favor, un poco de agua...

--No puede tomar agua... Aguaite, maestro.

--¿Maestro? ¿Me ha dicho maestro?

"Putá que la cagué. Ahora sí que metí la pata. O tal vez no, y en el estado en que te han dejado no podrías reconocer ni la voz de tu madre. Después de todo te he llamado por tu oficio, como bien podía haberte dicho plomero, doctor, zurcidor... Pero te he dicho maestro, huevón. Se me ha escapado como si aún tuviera doce años y tratara de torear tu ley, po."

--¿Usted ha sido alumno mío?

--No diga zonceras, deje de malgastar saliva.

--Déme agua... Se lo imploro.

--¡Cállese de una vez! Va a tomar agua en unas horas, a menos que desee morirse con los primeros tragos.

--Morirme... Morir con un vaso de agua sería bueno, antes de que usted y... los suyos me maten... como a una cucaracha.

--Eso nadie lo sabe... Sólo usted sabe si lo merece... Nadie lo mandó a enseñarle a las criaturas la basura esa... lo de la igualdad, los derechos, toda esa huavá...

--¿Acaso no es lo mismo que le enseñé a usted? Y aquí está...

--A mí nada me ha enseñado... A mí...

--Seguramente usted aprendió buenas costumbres conmigo..., a pararse bien, a sentarse correctamente, algo de modales...

--Mire, señorcito, yo no lo conozco, ¿entiende?

--Alguna otra cosa buena le habré inculcado para que esté aquí, humedeciendo mis labios.

--Me han encargado que haga salir la verdad de esos labios...

--La verdad...

"Si, la verdad, Moraga. Dé nombres, direcciones, situaciones... Sólo eso podrá salvarlo. Invente. Exagere. Distorsione, qué sé yo... Después de todo tai jugándote la vida, y esto no es un colegio. Acá no te dan un diploma, sino la vida o la muerte.... Mira, en el fondo sé que todo esto es un enorme error. Huele a podrido, pero ya está. Es así... Sávese, maestro. Yo sé por qué se lo digo."

--Si, la verdad...

--La verdad es que soy maestro de primaria desde hace 30 años. Y de mis aulas han salido mejores personas de lo que eran en marzo... Usted tampoco es malo, pero la vida nos dio papeles antagónicos para representar, y hay que ser consecuentes con el rol que nos toca.

--¿Consecuentes?

--Quiero decir que no podemos esquivar el bulto a lo que tenemos que hacer. Yo debo morir acá, y usted es el encargado de ejecutarne injustamente.

Cuevas volvió a pasar el trapo por los labios de Moraga, que lo chupó con efusión. Después dijo "gracias" y dejó caer la cabeza, ignorando la presencia del guardia, que seguía de pie y mirándolo como a un raro espécimen.

--Vamos, Moraga, hable. Estoy aquí para escucharlo.

Moraga levantó la cabeza hacia la oscuridad de la venda. Su carcelero creyó por primera vez que iba a despacharse con una confesión.

--Tiene que haber sido en la escuela 75... Por su voz estimo que anda por los treinta y tantos, y en los días de su infancia yo enseñaba ahí, todas las mañanas.

--Pierde el tiempo... Mejor concéntrese en lo que deseo saber.

--Es que los dos deseamos saber... Si fue mi alumno, me debe eso. Dígame un año, una fila, y lo identificaré.

--¿Acaso recuerda a todos los alumnos que sufrieron su ley?

--Mi ley siempre fue ecuánime, magnánima...

--Oiga oiga, no me hable en latín...

--Mi ley debe haber sido justa incluso para usted... Un año, déme un año...

Cuevas transpiraba la camisa, y luchaba por no perder el anonimato... Pero qué tentador era ser reconocido por su viejo maestro, si es que en verdad Moraga tenía tan buena memoria. Lo mejor hubiese sido encontrarlo en la avenida, saludarlo, invitarlo a almorzar con la patrona y charlar de bueyes perdidos, o simplemente cruzar dos palabras de afecto y seguir de largo... Y qué distinto era todo. Venir a toparlo acá, con la orden de la superioridad de hacerlo confesar y matarlo... Las vueltas de la vida... Será de Dios...

"Tá bien, guatón. Tú lo pediste. Ahí te va... "

--1952.

La frente del viejo maestro se contrajo, como buscando el recuerdo correcto.

--Permita que me ubique... 1952... Asumió la presidencia Ibáñez, el del ruido de sables... Hizo mucho frío ese año... Yo era un joven maestro, y hacía mi trabajo con la ilusión de estar formando buenas personas... Si, ya recuerdo... Dígame su fila, alumno, y lo identificaré... Sólo usted y yo lo sabremos... Su fila...

La palabra "alumno" le sonó a Cuevas como un latigazo, y le impuso un respeto que creía conjurado con los años. Algo parecido a las rebeliones de esclavos del Caribe, que los amos no podían derrotar con armas de fuego sino con los látigos que inspiraban obediencia.

--Tercera, contando del ventanal.

--Tercera fila, me parece verlos. Adelante estaba Matorras... Salinas... Pérez... Iñiguez...Cuevas, y al final Sandoval... Creo que así era la cosa... Matorras trabaja en la fiscalía, no podría estar parado frente a mí, complicado en mi muerte. Pérez tuvo un accidente poco después de aquel año, y quedó lisiado, pobre... Salinas tenía ya entonces modales femeninos, no lo imagino calzando esas pesadas botas que vienen retumbando por el corredor y me anuncian su arribo. ¿Voy bien?

--Usted sabrá, maestro.

--Si, voy bien... Iñiguez resultó docente, como yo. Ese muchacho es mi orgullo. Lo he visto con el guardapolvo blanco, pero qué le voy a explicar estas cosas... Así que quedan Cuevas y Sandoval...

El corazón del captor se hizo un nudo. Por un instante deseó ser Sandoval, aquel mequetrefe que lo molestaba permanentemente.

"Vamos cabrón, no puedes saber cuál de los dos soy."

--Alumno, usted es Cuevas. Recuerdo cuánto lo molestaban Sandoval y su grupo, a pesar de mis intervenciones... Usted no sabía defenderse entonces, y en verdad era una preocupación para mí ayudarlo a sentirse seguro, a salvo... Recuerdo que no era bueno en el estudio, pero tenía tesón, era insistente... Se acercó a mí en la fiesta de fin de curso, me obsequió un pañuelo bordado por su madre...

De los ojos de Moraga cayó una lágrima. Una sola. Un reproche íntimo.

--Carlos Cuevas, cómo está su madre...

--Mi madre ha muerto hace unos años, maestro...

--Quizá sea mejor así. Sino tendría que pedirle perdón, por no haber hecho bien mi trabajo...

--Usted hizo bien su trabajo. Pero la patria está en peligro, esto es una guerra...

--Alguna vez le enseñé el concepto de patria... No se escude tras esa palabra para justificarse... Déme agua.

--Patria si, agua no, maestro... No puede beber aún.

--Pues retírese, alumno Cuevas... Necesito descansar.

--Descanse, pero piense en confesar. Sólo así tendría alguna chance...

"Putá que es duro el maestríto, no ha cambiao ná'." Y se fue hocicando por el corredor, maldiciendo su sino. "Justo Moraga, no podía ser otro culiao comunista... Justo el maestro."

--Despierte, hombre.

Era el día siguiente. Moraga había sido puesto en la parrilla, y sólo deseaba morir.

--¿Cuevas?

--Si, maestro, soy yo. Qué tai haciendo, hombre. Dejai que tu vida se vaya por la cloaca...

--Mi vida ya no importa... Usted sabe, alumno, que no saldré de aquí...

--No... No saldrá vivo, maestro. Pero te juro que yo no tengo na' que ver, yo sólo cumplo las órdenes de la superioridá...

--Lo sé... Pero está aquí, y va a recibir el castigo que impone la ley de Moraga... Después de que yo muera, esto es lo que hará...

Dos días después lo mataron. Cuevas salió del cuartel como siempre, fue a la parada de buses, esperó, viajó diez minutos alejándose con la mirada en dirección al mar. Bajó cerca de su barrio, pero antes de ir a la casa pasó por la calle comercial para hacer unas compritas. Eligió dos flores para su señora, chocolates para los niños, tres cuadernos de caligrafía para él y un bolígrafo nuevecito, de punta fina.

Esa misma noche, cuando todos dormían, se sentó a la mesa de la cocina y empezó a hacer la tarea que le había mandado el maestro. Hacía años que no practicaba caligrafía, eso no podía hacerle daño. La mano que había matado tomó el bolígrafo casi con pudor y comenzó a dar trazos inseguros al principio, pero más y más firmes a medida que llenaba las hojas con la frase

## *No debo matar al prójimo*

Esa noche completó dos hojas, la siguiente seis, el domingo avanzó bastante cuando la familia salió a pasear. Dos semanas después había escrito la frase más o menos mil veces, y se sintió exculpado de la muerte del viejo maestro.

“Ya está, Moraga, he cumplido con tu ley...”

Y vaya que la penitencia le vino bien. En las últimas páginas del tercer cuaderno el acento caía sobre la “o” casi con elegancia. La pancita de la “b” era idéntica a la de arriba y a la de abajo... Y no había “j” que no tuviera su sombrerito de punto.

26 de junio de 2005



### **Muerte de un músico. (Película con saltos.)**

*Dedicado a los tres.*

“Ciudadano argentino muerto en esta ciudad. Comuníquese con este consulado. Cónsul General de Argentina en Santiago de Chile.”

Así fue como me enteré de su fallecimiento. Mi esposa me leyó el telegrama por teléfono a eso de las once, en el frío de una mañana de mucho trajín en la oficina, después de balbucear “algo le pasó a tu papá”. ¿Existe una manera mejor o peor de anunciar la partida de un familiar, que ha sucedido a dos mil kilómetros hacia el oeste? Por experiencia propia, asevero que la aciaga noticia, recitada desde un trozo de papel..., es bastante menos impactante.

--La cancillería tardó tres días en conseguir su domicilio -me dijo un empleado que ocupaba un despacho pequeño en el segundo piso, dos horas después. El hombre se encargaba de los argentinos desaparecidos en el exterior, muertos, encarcelados, secuestrados o enfermos. En los últimos años, mi padre había sido un poco de todo eso. Varias veces habíamos podido averiguar que aún vivía gracias a las oficiosas gestiones de radioaficionados, conocidos que cruzaban la cordillera, amigos que lo habían visto ir y venir por las calles de las ciudades de la Quinta Región... Pero sólo una vez recibimos un telegrama, y era de una verosimilitud insospechable.

El burócrata me dio los datos con estudiada frialdad, como si hubiesen encontrado un auto robado y estuviese informándole al dueño. El cuerpo está en la morgue de tal hospital, doctor fulano, esperan la decisión de un familiar directo, etc. Las causas de la muerte fueron naturales, para un hombre de 59 años que llevaba al menos 30 de vida disipada y licenciosa: todas las causas. El cigarrillo, la bebida, las anfetaminas, el trabajo excesivo, el desorden sexual, las pocas horas de sueño, la alimentación caótica (enumeraba yo entre recuerdos y suposiciones, mientras el tipo me explicaba que los detalles los conocería por el doctor que lo había atendido hasta el momento del deceso).

--Lo esperan en el consulado –advirtió, y me tendió la mano para despedirme diplomáticamente.

Salimos de la Cancillería y cruzamos a la plaza San Martín. Creo que me senté en un escaño y respiré hondo, sin saber qué hacer, o precisamente porque sabía lo que tenía que hacer, y no era lo más grato del mundo. Cristina me tomó una mano y me dio ánimo, mientras yo pensaba en algo tan poco significativo como lo altos que eran aquellos árboles.

--Dale, hay que hacer muchas cosas –urgió, y volvimos a casa en colectivo.

Hay horas que tengo en blanco, como si jamás hubiesen existido, como si la vida me hubiese permitido saltar dos o tres casilleros hasta un evento posterior. La vida no hace esas cosas, pero la memoria sí. Me recuerdo volviendo al trabajo y pidiendo plata prestada para cruzar los Andes. Sé que alguien averiguó por mí los precios de los pasajes, y viajar en avión resultaba ser una contingencia que claramente estaba fuera de mi alcance. Me acuerdo de que volví a casa al caer la tarde, y le dije a Cristina que esa misma noche viajaría en tren a Mendoza, desde donde iba a seguir rumbo a Santiago en un colectivo de C.A.T.A. Y puedo verla cuando me prevenía de que no iría solo, pues ella y los hijos –infantes los dos- viajarían conmigo en ese tren, cualquiera que fuese mi opinión.

Sé que no tuve fuerzas para discutir esa decisión, aunque era desacertada e implicaba un gasto posible pero innecesario. En la siguiente escena me veo en la estación, corriendo para llegar al vagón que estaba marcado en nuestros boletos, con esposa e hijos siguiéndome de cerca. Me acomodé en el asiento pensando que cuando llegara al hospital mi viejo llevaría más de cinco días cadavérico, sólo porque no podía subir a un avión. Y Cristina vaticinaba que lo tendrían en la morgue hasta que yo llegara, quedate tranquilo, vas a alcanzar a verlo y a decidir qué hacer...

Dormí o no dormí, no sé. No suelo dormir en los viajes. Es más fuerte que yo. Los chicos la pasaron bárbaro, para ellos eran unas inesperadas vacaciones, aún cuando a esa edad ignoraban el significado de esa palabra, y yo me amargaba por mi debilidad de carácter al no impedirles



hacer un viaje con esas características, diciéndome que tendría que haber afrontado su muerte como él lo había hecho: solo.

Tardamos diecisiete largas y polvorientas horas en llegar a Mendoza. Borges ya lo dijo: "la vida es corta, aunque las horas son tan largas". Recalamos en una pensión familiar apenas la cuarta parte de un día, y a la mañana siguiente viajamos en un taxi transandino que zigzagueaba entre las montañas como una lombriz. Era más de mediodía cuando llegamos a Santiago, y nos acomodamos en un hotelucho de mala muerte que era todo lo que podíamos pagar.

A primera hora del día siguiente tomamos una "micro" que nos llevó al consulado argentino, sito sobre un bulevar con árboles enhiestos pero poco frondosos. Enseguida nos atendieron y nos dieron la información que necesitábamos para realizar el correcto proceder en tales circunstancias. También nos pasaron el mensaje de la gente de un "Centro Argentino" que funciona en esa ciudad, quienes deseaban ayudarnos con los lamentables trámites que debíamos encarar. Me parece que el empleado los llamó por teléfono, explicó quién y cuándo, y a la media hora nos esperaba un auto en la puerta del consulado con una invitación a almorzar en esa entidad.

--Así que usted es el hijo del músico --indagó un hombre bajito que hablaba con un atávico acento de Buenos Aires, y enseguida me dio el pésame, seguido por otros quince pésanos de otras tantas personas con quienes compartiríamos la mesa.

Tres de los hombres que allí estaban dijeron ser los mejores amigos de mi padre, músicos de tango también, y aseguraron haberlo acompañado hasta el final. Después me informaron que apenas termináramos de almorzar iríamos a la morgue, a cumplir con la obviedad de la muerte.

--Su padre estaba muy enfermo, pero nunca quiso que lo supieran en Buenos Aires --dijo el más joven de los amigos, con una modulación lenta y cuidadosa que le daba más aire de contador que de bohemio.

--Sí, sí..., pobre Gorla --continuó el segundo amigo, más alto y nervioso que el anterior, que ostentaba un bigote teñido de amarillo por un vicio que a esa altura de la vida es imposible desatender-... Le organizamos hace dos meses un festival a beneficio, que fue todo un éxito en Viña del Mar. Con eso pagamos el alquiler de la pieza, los remedios, el traslado y algunas cosas del hospital... Pobre Gorla --repetía en una letanía, y perdía la mirada en las volutas de humo del cigarrillo, que no había dejado de mover entre los dedos ni para llevarse los alimentos a la boca.

--Pobre Gorla --confirmaba el tercer amigo, pero lo hacía en otro tono, como si "pobre Gorla" fuese el copete de todo lo que los otros no se atrevían a revelar-. Su padre fue un gran hombre, un músico excepcional, y acá en Chile se ganó el reconocimiento y el afecto de mucha gente... Pero en

los últimos tiempos la bebida lo había marchitado, y usted sabe... el cigarrillo, la noche... y las pibas..., porque a su padre le gustaban las pibas, y había una que lo venía esquilmando...

--Bueno, Bordón –lo interrumpió el bajito, que estaba a cargo del Centro Argentino y que por lo tanto regenteaba la mesa-, no hablemos de eso ahora. Acá, el muchacho, la señora y los chicos tienen que comer con tranquilidad, y después van al Hospital General... De lo demás se van a ir enterando de a poco, si es que vale la pena.

Observé a mi alrededor, todos esos ojos argentinos que me miraban con una curiosidad afable, y dije que apreciaba lo que estaban haciendo por nosotros, y hasta mencioné el hecho de que aquella era la primera comida caliente que ingeríamos en un día y medio.

El resto del almuerzo se habló de temas variados, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo tácitamente en soslayar al finado. Se discutió sobre fútbol, se levantó la voz para hablar de política, y recuerdo que pregunté si la gente era feliz bajo el régimen de Pinochet. Me sorprendió saber que las opiniones estaban divididas en ese asunto, y alguien quiso rematar el tema llamando a un mozo para preguntarle, porque era el único chileno en aquel lugar.

--Decime, Manuel, ¿qué opinan los chilenos de Pinochet?

Manuel se irguió como si fuese a dar un discurso, y aseguró para su auditorio "che":

--Pinochet fue lo mejor que nos pudo haber pasado. Nos salvó de Allende, y trajo estabilidad al país, pega, confianza... Ojalá viva para siempre... Ustedes no saben lo que fue la época del Chicho, pero pa' nosotros...

--Yo vivía acá –lo interrumpí, y me llamé a silencio, dadas las circunstancias.

--Gracias, Manuel –lo despidió el mandamás, y se disculpó en voz baja por la vehemencia inexplicable de su empleado acerca de un tema que ciertamente exasperaba a la mitad de sus invitados, incluyendo al hijo del difunto. Después levantó la mano para pedir silencio, y le dijo a Bordón por qué no me comentaba el asunto del "fuelle".

--Si –dijo Bordón, un poco molesto por el cometido, como si le hubiera tocado ser el mensajero de una noticia funesta-, a eso voy. –Acomodó la silla hacia donde yo estaba, aclaró la garganta con un traguito de vino con soda y me habló desde la nube de humo gris del otro amigo, que se confundía con su pelo lacio.- ¿Sabe lo que pasa, joven? Hay un músico de Santiago, un bandoneonísta como su papá, que está interesado en comprar el fuelle de su viejo. No es el mejor momento para tratar esto,

pero creemos que tal vez le vendría bien el dinero para pagar los gastos del sepelio... Los cajones son caros acá, ¿vio? Bah, qué le voy a decir, morirse es caro en todas partes.

En realidad yo no tenía cabeza en ese momento para hablar de números y transacciones, así que Cristina, que conocía mi intención de deshacerme de todas las pertenencias del occiso, salvo de los documentos y de las fotos, campeó la conversación.

--Escúcheme, Bordón --terció-, ¿cuánto se puede pedir por un instrumento así?

Bordón iba a responder, pero el otro amigo le ganó de mano.

--Nosotros averiguamos ayer que el cajón para Gorla (uno sencillo pero digno, ni hablar) puede salir noventa y cinco dólares. Y el fuelle, que es un doble "A", bien pago... puede estar unos cien dólares, así que no gastarían prácticamente nada con el finado...

--Este músico que le decía --retomó Bordón- está dispuesto a pagar esos cien dólares. Ahora la decisión queda en ustedes...

Cristina me dijo por lo bajo que la cosa le parecía razonable, aunque ninguno de los dos tenía la más remota idea del precio de un ataúd o de un bandoneón doble "A", fabricado en Alemania antes de la segunda guerra mundial, cuando la fábrica fue bombardeada y suspendió su producción hasta que intentaron reabrirla durante la Guerra Fría, sin éxito... Dado que en estas cosas confío en ella (o tengo mucho miedo a mi propio criterio), hice un gesto de desconcierto y le dije a Bordón que estaba de acuerdo.

--Y dígame, ¿dónde está ahora el instrumento? --quise saber.

--Lo tenemos --dijo el bajito- en la casa del caballero (el más joven de los tres amigos), en el estuche de cuero en que su papá lo guardaba, porque la verdad, el flaco cuidaba al fuelle como a un hijo (me parece que vio mi expresión y se arrepintió de la analogía)... Cuando murió fuimos con los amigos, acá presentes, a la piecita donde vivía y nos trajimos todo, pensando que a usted le interesaría conservar los trajes que usaba en los shows, las fotos, las partituras, los documentos... Si quiere, podemos llevarlo cuando terminemos de almorzar, pero no se preocupe, está todo bien acomodado en fundas de nylon...

Yo repugno el nylon, desde mucho antes de eso. En fin.

--No. Prefiero ir a la morgue, hacer lo que hay que hacer, y después ocuparme de las pertenencias.

Tengo que ser sincero y decir que no recordaba todos los detalles de aquellas horas, y que Cristina me ayudaba ayer a armar el collage de ese día. El comedor del centro argentino, donde aún nos quedamos un rato para compartir la sobremesa, ocupaba una galería vidriada en un ángulo de la planta baja, y se abría a un patio amplio donde había una pileta de azulejos celestes que estaba destinada a los pibes de los socios, a juzgar por su escasa profundidad. Un rato después nuestros hijos se zambullían (con mallas prestadas) junto a los argentinitos que vivían lejos de su terruño, y demoramos un rato bastante largo la partida hacia la morgue, sólo para comprobar que César y Cecilia estaban ajenos al ambiente luctuoso que los rodeaba.

Hay una zancada en la película y viaje en un auto grande, de esos norteamericanos fabricados para las extensas distancias del país del norte, y estamos apretados porque somos muchos. Cristina a mi lado, los chicos sobre nuestras piernas, en mi otro flanco van Bordón y el amigo de mi viejo que era casi tan flaco como él, y en el asiento delantero el otro amigo junto a un gordito que manejaba. Hacía calor, y nos bufaba por las ventanillas un viento calido que apenas paleaba el hacinamiento. Íbamos al hospital y al cementerio, dos instituciones que en esa ciudad están separadas por un alto paredón, nefasto para quien no lo traspasa a pie. El conductor nos denunciaban cada maravilla urbana que dejábamos atrás por el camino, hablaba de un cerro donde hay un zoológico, señalaba un subterráneo que va por sobre la tierra, y yo encomié la pulcritud que adornaba las calles, lo que para un tipo que vive en Buenos Aires es mayor motivo de asombro que todo lo demás.

Pensaba qué día tan lindo, si mi viejo pudiera disfrutarlo, y después pensaba que él no era alguien que apreciara el sol, los espacios verdes, los días así o el aire libre. Me acordaba de que en los seis años en que vivimos juntos y solos, a cuatro cuadras de las playas de Viña del Mar, nunca conseguí que pisara la arena. Rara vez se enteraba de que por fuera de la habitación estaba transcurriendo un día entero, con sus horas de calor o de frío, con sus luces y la gente que vive en él. Solía levantarse a las 9 de la noche, bañarse, empilcharse esmeradamente y prepararse para rumbear a su trabajo en la boite. A eso de las once salía con el bandoneón colgando del brazo derecho como un lastre, y debido a que lo transportaba desde los 12 años tenía ese hombro sensiblemente caído en relación con el otro, y con la línea recta que une los dos pasando por debajo de la nuca... Ciertamente, la playa no era lo suyo. Volvía entre las 7 y las 8 de la mañana del otro día, y como podía se metía en la cama para recuperar las fuerzas y la claridad. Mientras él dormía yo me encargaba de que el cuarto estuviera en la mayor oscuridad, suspendía frazadas en las ventanas y le aseguraba un silencio cómplice para el reposo, y también iba al colegio, comía, amaba, crecía, extrañaba mi ciudad y descubría el sexo (sospecho que él estaba enterado de todo eso, pero ya que sucedía mayormente en los espacios de tiempo diurnos, a lo mejor siempre lo afligió una sombra de duda).

No tengo una imagen nítida del hospital ni del médico que me dio los detalles, pero en cambio me veo en medio de la sala general donde él había muerto, advierto que los amigos determinan la cama donde pasó los últimos minutos de su vida, y creo que un enfermero me dijo algo acerca de un vasito olvidado en el acopio de cosas que sucedió a la exhalación final. Después hay una breve escena en que caminamos por interminables pasillos que hieden a remedio y contrastan, por su frialdad, con el clima exterior, y al final de uno de esos corredores nos detenemos frente a una pequeña puerta que parece la de una oficina pública, aunque tiene un cartelito que advierte "Morgue".

Bordón me puso una mano en la espalda, animándome.

--Pibe, si quiere entro con usted.

--Yo puedo acompañarte –intervino Cristina-, no te preocupes...

--No, vos quedate con los nenes. Gracias a los dos, pero esto lo tengo que hacer solo. Será un momento...

Otro de los amigos me había identificado con el encargado, y se acercó para decirme que cuando quisiera podría entrar a reconocer el cuerpo. La puerta estaba entreabierta, y de alguna forma yo sentía que era el final del camino para mi viejo y para mí. Cuando la cruzara y penetrara en esa cámara de donde salía una luz muy blanca, él y yo nos reencontraríamos para despedirnos, después de cinco años de habernos visto por última vez, sin imaginar algo así.

Me parece que el director de esta película, o su guionista, reservó la mayor tensión dramática para la siguiente secuencia de imágenes. En esa escena entro a la luz excesivamente blanca de la morgue, y dejo detrás de mí la puerta entornada sin advertirlo, lo cual fue atinado para ver lo que siguió no sólo desde mis ojos, sino también desde el campo visual de Cristina, donde únicamente estaba yo, sin más pormenores que le tradujeran mi semblante. Había grandes frascos en anaqueles laterales, y estúpidamente me preguntaba qué sentido tenía poner muñequitos dentro de ellos, nadando en una solución de formol. Era un recinto pequeño, pintado de celeste claro, con una heladera que abarcaba la pared del fondo y camillas a los costados, debajo de los anaqueles. El encargado me preguntó si estaba listo, y señaló una de las camillas, cubierta por una manta blanca.

--Ahí está –informó.

Debajo de la manta blanca estaba mi viejo, muerto cinco días atrás. Hice un gesto de aprobación y el enfermero descubrió por completo un cuerpo flaco, cadavéricamente flaco y lívido, y en ese preciso instante creí que toda la sangre se me escapaba del cuerpo, no porque no hubiese visto otros cadáveres, porque los había visto, incluso había presenciado el momento de la extinción de un ser humano, con el ajetreo alrededor, los

masajes cardíacos, los llantos, la resignación, con todo, quiero decir que había estado en presencia de lo que la muerte deja, eso no era algo que pudiera impactarme. Cristina me vio palidecer, y tuvo un efímero impulso de entrar y sostenerme, porque pensó que estaba a punto de caer redondo al piso. Pero no caí, no entró. El lugar daba vueltas a mi alrededor, y yo no podía apartar la vista de eso que estaba ahí, que no podía ser mi viejo, ese no era mi viejo. Ni ahora ni antes. Eso que estaba ahí era "El grito", de Munch, y profería alaridos que sólo eran audibles para él y para mí. Recién entonces comprendí lo que el médico me había revelado junto a su cama: murió ahogado. Había una oquedad en la boca que gritaba y pedía oxígeno. La vida se había cobrado todas las cuentas, las grandes y las pequeñas. Mi viejo se iba sin deudas con la naturaleza: lo que fumó, bebió, lo que se flageló y gozó, todo eso estaba bien pago en el grito, en aquel rictus de dolor y de ciega desesperación que ni siquiera se desdibujaba con la muerte. Y viéndolo ahí, en una perpetua agonía que venía desde mucho antes y continuaría quién sabe hasta cuándo, yo también le di por saldadas las deudas que conmigo pudieran quedarle. Nada me debía, ni yo a él. Estábamos en paz.

--Es él --informé.

Ese no podía ser mi viejo, pero era. No pude acercarme, tocarlo, besarlo. No era asco, claro está. Era impotencia, era rebeldía y odio, era el no haber estado allí para darle el oxígeno que lo habría ayudado a fenecer con menos martirio, aunque la elección de morir solo había sido puramente suya y exoneraba de culpas, pues era congruente con otras elecciones tomadas a lo largo de los 59 años que pisó la tierra. Ese que estaba ahí era mi viejo, y lo supe porque algunos rasgos me lo recordaban como en vida, más que nada el cabello muy fino, el bigotito, la frente. Pero bien podía haber sido una momia maya o camboyana, los restos de un sacrificio ritual ocurrido hacía cientos de años sobre un altar de piedra, que todavía me mostraban el horror del final en la tensión del cuello, en la expresión del rostro mientras le arrancaban el corazón, mientras el impiadoso dios pagano sobrevolaba y arrebatava la vida hincándole los dientes en el alma.

Di dos pasos hacia la salida, confundido.

Lo miré una vez más, sin verlo.

Después salí al pasillo, sintiéndome asfixiado por una mano invisible.

Mi esposa me abrazó la cintura y apoyó su otra mano en mi pecho. Algo decía de cómo o qué, pero no la entendía. Intentó recordar los trámites perentorios que estaban pendientes, y entonces notó la medida de mi conmoción.

--Señora, hágalo sentar, el pibe está en shock --corroboró uno de nuestros tres escuderos de peregrinación.

A pocos metros había un banco de madera destinado a la espera (aunque por ahí no parecía que hubiese nada para esperar), y en él me dejaron un rato. Nunca me había sentido así, ni volvió a sucederme desde aquella vez. Hacía vanos intentos por volver a la realidad, involucrarme en lo que una parte de mí, pero una parte lejana y en brumas, sabía que tenía que hacer, y no conseguía salir de un estado de entumecimiento de los sentidos en el que súbitamente habían dejado de responderme como es debido, un estado de colapso y letargo en el que miraba sin ver, escuchaba sin oír, pensaba sin razonar, percibía las sensaciones en la piel con la descarnadura de la turbación, y al final me rendí a esa atonía del espíritu mientras a mi alrededor hablaban, opinaban, elaboraban cursos de acción y tomaban las decisiones para las cuales yo estaba invalidado.

Saltamos a otra escena. Me veo bajo el sol, en una explanada de cemento, junto a nichos y flores. Hemos llegado aquí saliendo del hospital y entrando por la puerta principal del cementerio en otro auto, quizá en una carroza fúnebre, pero este dato sólo lo aprehendí en una alucinación hipnagógica en la que no pude percatarme de nada, así que es casi como si me hubiesen contado una función teatral y yo la imaginara después con tanta vehemencia que llegué a convencerme de que en verdad la había presenciado desde una butaca. Lo cierto es que estamos bajo el tórrido sol de la tarde, en silencio, mi familia y yo, y a pocos metros los tres amigos secretean y fuman como si el velorio estuviese sucediendo precisamente ahora. Entonces vuelve a alcanzarme la contundencia de la realidad, y soy yo mismo otra vez.

Los chicos estaban molestos por el cansancio, desconcertados porque desde la mañana los habíamos llevado de un sitio a otro, y –merced a la dicha de la niñez- no comprendían el sentido de tantos desplazamientos, a través de jalones que pertenecían a una geografía que su mente infantil no tenía cartografiada.

A lo lejos avistamos a un empleado del cementerio que arrastraba un carrito con un féretro encima, y advertimos que lo hacía con una parsimonia producida por el calor o la prudencia. Avanzó directamente hacia nosotros, ya que la tarde estaba cayendo y éramos los únicos que aguardaban una inhumación. Bordón le entregó los documentos que certificaban el lote de tierra asignado para el reposo del difunto, y mientras el muchacho se aseguraba de que todo estuviese en orden Cristina apreció que el ataúd era diferente a los que tenía por conocidos.

--¿Tan mal estaba? –indagó.

--No ha de haber sido una muerte plácida...

Hubo una pausa. Luego le expliqué que el cajón chileno tiene una ventana de vidrio a la altura de la cabeza, y sobre ésta una tapa de madera que cualquiera puede levantar para ver el rostro de quien en su interior se pudrirá. También le sugerí que no hiciera eso aquella vez en particular, pues

podría aturdirse como yo frente a una expresión como la que mi viejo se llevaba a la fosa.

--No te preocupes por mí, voy a estar bien... Pero quiero verlo.

Mi esposa no es una persona a la cual se le pueda decir qué hacer y qué no. Abracé a mis hijos y distraje su atención un momento, mientras ella salvaba los pasos que la separaban de su curiosidad, corría el pestillo de la tapa y la levantaba hasta un ángulo de cuarenta y cinco grados, para ver... Enseguida la volvió a bajar, la trabó como antes, se acercó a nosotros y me abrazó.

--Ya está, ya lo vi... No hablemos de eso...

Bordón me hizo un guiño para que me acercara a tomar la manija que los tres amigos me habían dejado a la derecha de mi viejo, y emprendimos el breve recorrido hasta el lote que le había tocado en suerte, guiados por el empleado del cementerio. A pocos pasos nos seguía mi familia. Dejamos los caminos de cemento y avanzamos por los de tierra, viramos una o dos veces, y alcanzamos el borde del agujero que dos sepultureros, pala en mano y expresión solemne, acababan de abrir. Cristina se alejó a una distancia prudente con los chicos, y al servicio concluyó en los dos o tres minutos que tardaron los hombres en palear de nuevo hasta rellenar el pozo con mi viejo en él, delatando el apremio de un horario laboral a punto de expirar.

Era tarde para todos. Mi familia me esperaba a media cuadra, extenuada por el vaivén y la tensión. Bordón fue el primero en enfilar hacia la salida de la necrópolis, acompañado siempre por el fumador y por el más joven, a cuya casa iríamos enseguida para que yo dispusiera de las posesiones personales (muy personales, de uso personal) rescatadas de la piecita de mi viejo. Por un momento me quedé solo frente a la tumba fresca, y noté que una flor (no tan fresca, pero flor al fin) adornada aquellos terrones apisonados, vaya a saber por obra de cuál de tres saqueadores de coronas que a lo mejor ni siquiera eran amigos sino que estaban ahí por un misterioso sentimiento de corporativismo tanguero, o por un mecanismo de solidaridad que presumiblemente ni siquiera ellos mismos lograran explicarse muy bien, o en homenaje a la música, o tal vez sólo porque sí, tres mosqueteros que al fin de cuentas estaban ahí, y era todo lo que me importaba, mientras permanecía a solas frente al sepulcro y miraba un sol que aún en aquella hora en que moría detrás de una loma de occidente (por cierto, *occidere* es morir en lengua latina, y por cierto también, los romanos la llamaban así, *lingua latina*, y no "latín") daba una nota disonante con la fuerza de la vida.

Sabía que no iba a regresar en bastante tiempo, y de hecho, jamás volví. Hace mucho que esa sepultura debe tener otro morador. Pensaba que la vida tenía que ser algo más que lo que estaba frente a mí. Dónde habían quedado las mujeres que desfilaron por su vida pregonando



amor. Dónde los aplausos, los halagos, dónde los trasnochados contertulios que no permitían que el vaso del músico estuviera vacío, dónde los que le acercaba una exclusiva concha de *loco* (un molusco gastrópodo cuyo enorme caparazón se suele utilizar como cenicero) y apostaban a que el músico la llenaría con sus colillas antes del amanecer. Nada había perdurado de todo eso, sólo un hijo que concurría en familia con el telegrama del consulado en un bolsillo, algunos argentinos fraternales, un festival, tres amigos bohemios y una flor robada. No había más.

La muerte de otro músico de tango precedió aquel entierro en ocho días. Me habían enterado de que en sus últimos y breves momentos de lucidez mi viejo musitaba "Fuentes me está llamando..." Así que pensé que donde estuviera por lo menos no tocaría solo, y quién te dice, por ahí ya tenía una nueva formación típica...

Pasamos a la próxima escena. Llegamos a los suburbios de Santiago, a la casa donde están las cosas del músico, y nos hacen entrar en un comedor de grandes dimensiones cuya mesa ha sido puesta a un costado para dar cabida a los espectadores. No deja de parecerme llamativo que tantas personas se hayan congregado sin motivo aparente. Está el más joven de los amigos de mi viejo, con su mujer y sus hijos, organizando el cónclave lo mejor posible para que no le rayen los muebles o la pintura de las paredes. Están los otros amigos. Hay rostros que ya he visto en el centro argentino. También vinieron vecinos y curiosos, algunos chicos del barrio, gente que a juzgar por su expresión no sabe qué está sucediendo o qué se espera que acontezca. Me señalan dónde arrinconaron las bolsas de nylon negro que contienen las pertenencias mundanas de mi viejo, y me incitan a abrir y a revisar. Pero yo no deseo revisar el contenido de ninguna de ellas, y sólo me detengo un momento en el bandoneón que está junto a la ruma, dentro del estuche de cuero marrón que siempre lo cobijó mientras respiraba su dueño. Tengo un impulso de sacarlo, inflarlo, ponérmelo en la falda, calzármelo en las manos y apretar las diminutas teclas, pero comprendo que no tiene sentido y que además puede generar en la concurrencia la equívoca impresión de que estoy a punto de tocar un tanguito. Sería ridículo e irreverente.

Súbitamente se hizo un silencio espeso y las miradas se dirigieron a un señor que entró en el ambiente con excesiva timidez, acentuando el patetismo de la situación. Bordón lo saludó y me lo presentó como el comprador del fuelle. El hombre me tendió la mano ofreciéndome sus condolencias, y fue directo al asunto.

--Gracias por venderme el bandoneón de su padre. Para mí es un honor tenerlo.

--Un instrumento debe ser de quien sepa arrebatarle melodías. No tendría sentido que yo me lo quedara. Estimo que esto es lo que él habría dispuesto, de haber tenido tiempo.

La conversación me sonó hueca, como si las palabras fuesen pronunciadas en el interior de una caja de madera. Además, yo sabía que mi viejo había preferido morirse como el indiscutido dueño del bandoneón, e irse al otro mundo creyendo que seguiría siéndolo *post mortem*. Era su pertenencia más preciada, era una extensión de él mismo. No pasaba un día sin que lo sacara del estuche, lo acariciara con una franela y se cerciorara de que cada nota sonaba como debía sonar, controlara que el diafragma producía la correcta apertura de los pulmones del fuelle (los cuidaba más que a los suyos), se asegurara de que al abrirlo hasta su máxima extensión y al volver a cerrarlo las melodías emergían tal como él esperaba. En suma, aunque durante muchos años trabajó como pianista y por largos períodos salió a la calle sin portar su ancla musical, él siempre se consideró un bandoneonista.

Levanté la flamante adquisición del músico santiaguino y la deposité en sus manos con la melifluidad de quien entrega a un bebé. El hombre hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza, se despidió y se marchó sin esperar lo que venía después, es decir nada, porque lo más importante acababa de acaecer. Enseguida el dueño de casa me explicó a vuelo de pájaro qué contenía cada uno de los envoltorios plásticos: éste la ropa menor, éste los trajes, los ambos y ternos, aquí partituras, acá productos de tocador, y en la bolsa más pequeña hay una caja con documentos, fotos, cassettes y un reloj pulsera que funciona a la perfección. Mi urgencia por no prolongar aquel ritual era casi tan grande como mi deseo de deshacerme de cualquier objeto que hubiese pertenecido a mi progenitor, y por lo tanto separé la caja mencionada para quedármela (previamente extraje el reloj pulsera y lo obsequié), dispuse que el resto fuese donado a una iglesia y di por terminado el reparto de la heredad paterna. Sólo me quedé con papeles y sonidos, e íntimamente le agradecí a mi viejo que hubiese tenido la elegancia de simplificarme tan triste quehacer.

Pensaba que sólo quedaba despedirme y volver al hotel, pero una sorpresa me reservaba el destino. Todo ese público esperaba que yo dijera unas palabras, y luego emprendería la desconcentración. El desconcierto inicial me impelió a negarme gentilmente a tal solicitud, pero la insistencia de los tres amigos terminó por convencerme, y hablé. Hablé en medio de un silencio respetuoso. No recuerdo exactamente las palabras pero sé que me referí a la ocasión que nos reunía ahí, hice una breve semblanza del finado, y por último agradecí, en el nombre de toda la familia Gorla, la clase de afectos que nos habían prodigado ese día muchas personas a quienes jamás habíamos visto. Cuando concluí aplaudieron suavemente, y se fueron yendo de a uno en fondo, a medida que nos saludaban a Cristina, a los chicos y a mí.

Era de noche, y queríamos descansar. Nuestros hijos estaban molestos desde hacía rato, y tenían razón. Nos despedimos de los tres amigos en la puerta, previo intercambio de domicilios y datos inexcusables en el anverso de una carta, y después un auto de alquiler nos llevó hasta

nuestro hospedaje. Comimos lo que nos había sobrado del viaje, bañamos a Cecilia y a César y los pusimos a dormir, lo cual hicieron de inmediato, y era una delicia verlos. Cristina y yo no pudimos imitarlos, y para no hablar de la muerte hicimos el amor casi con furia. Necesitaba beber la vida, y me aferré de aquel coito como el náufrago que encuentra una madera. Gran parte de la noche seguí viendo a mi viejo tal como venía de despedirlo (esa visión me acompañó por meses), no podía dormir, no podía dejar de pensar... Pero el cuerpo se impuso finalmente, y me regaló un sueño sin sueños, una noche sin sombras, un descanso vivificante.

El siguiente día lo dedicamos a borrar en los pequeños las percepciones infantilmente desagradables de las últimas 72 horas, y los llevamos a la costa para distraerlos. Antes de abandonar Santiago obedecí mi urgencia de comprar un libro que no conseguía en mi país ("Gracia y el forastero", de Guillermo Blanco), pues esa novela me había llegado tanto en mis años de adolescencia que, con la aquiescencia de Cristina, decidí tener en nuestra hija una evocación permanente de esa antigua impresión: se llama Cecilia Gracia. Le dije a la pequeña que ese libro con tapa roja era suyo, y le prometí que se lo entregaría cuando tuviera edad para leerlo y descubrir de dónde provenía su inusual segundo nombre. Demoré diez años en completar esa promesa, pero aquel día dejé la capital de Chile con la certeza de haber cumplido dos mandatos importantes: enterrar a mi padre y comprarle a mi hija la preciada obra.

Viajamos a Valparaíso y subimos en el funicular al mirador que da al puerto. No lejos de ahí, a dos o tres calles nada más, está todavía una de las casas donde mi padre vivió en los tiempos protohistóricos de su llegada a la ciudad. Hace un año navegaba por Internet y me topé con la siguiente noticia, palabra más o menos:

*"Se inauguró en Valparaíso el llamado "camino del tango", un recorrido por 17 sitios históricos donde se desarrolló la música del 2 x 4 en esa ciudad portuaria. Uno de los jalones es la casa donde vivieron el bandoneonista argentino Héctor Gorla y otros intérpretes importantes, y el evento contó con la presencia del embajador argentino en Chile."*

La página daba detalles interesantes del asunto, y siempre estuve por tomar la previsión de preservarla, pero cuando quise hacerlo noté que había desaparecido del torbellino informático.

Después nos trasladamos a Viña del Mar, en un día muy diferente al anterior, de viento, frío y nubes bajas. Las playas estaban desiertas. El sol no entibiaba, pero daba a los paisajes hermosas tonalidades. Compramos pollo caliente y papas fritas, y fuimos a comer a los acantilados. Los chicos se maravillaron esa tarde con el espectáculo del azul y el verde que se desplegaba frente a sus ojos por primera vez, y curiosamente fue el Océano

Pacífico el que les deslumbró las retinas (y no el Atlántico, que está a pocos kilómetros de nuestra ciudad y que los recibió cuando fueron algunos años más grandes). Todavía hoy, lo que recuerdan de aquel viaje es el pollo con papas fritas, los acantilados, el agua y la luz.

Finalmente emprendimos la vuelta a Buenos Aires, y nos apeamos en Retiro dos días más tarde. Aquí me esperaban las respuestas que no debía dar, los detalles que tenían que omitirse, las verdades que jamás serían reveladas. Desde el momento en que Cristina me llamó a la oficina para declamarme el telegrama del consulado habían pasado seis días. El protagonista de "Gracia y el forastero" estaba en la última página de la novela sin poder llorar a Gracia, y yo todavía hoy no lloro a mi viejo, casi como si naturalmente tuviese que ser de esa manera. Cualquiera que escribe sabe por qué escribe: es la forma de liberarse de fantasmas, y en una zona muy íntima uno tiene la absoluta certeza de que en esos textos sólo existe un valor personal. Lo demás es otra cosa. Es similar a lo que le ocurre a un artesano que cincela la madera: siempre hará una talla que no va a vender en el mercado, que no será obsequiada y que tendrá formas caprichosas sólo inteligibles para él.

Gabriel no pudo llorar a Gracia hasta la última oración. Lo logró abrazado a su padre. Es muy probable que mi forma de llorar esta muerte (y gran parte de esta vida, aunque quién soy yo para juzgar su vida, después de todo) sea tallando el pedazo de madera que para mí es la palabra, y dejándola a la vista para verla cuando paso junto a ella. No puedo hacer otra cosa que me inspire más rotunda redención... Y tal vez a partir de hoy haga mía la expresión con la que Gabriel cierra la novela:

*"Entonces pude llorar."*

Una cosa más. Hace dos meses paseábamos Cristina y yo por el centro, y sin darnos cuenta caminábamos por Sarmiento y Paraná, donde hace muchos años funcionaba una sala de ensayo legendaria en la música porteña y donde se agrupan los mejores y más importantes negocios de instrumentos musicales. Vimos un bandoneón en una vidriera y entramos a preguntar su precio por pura curiosidad..., y es prodigioso ver cómo cambiaron las cantidades: un "Doble A" se cotiza entre cinco mil y diez mil dólares, dependiendo de su estado de conservación... Salimos pasmados del comercio, y por supuesto, ni por asomo vamos a averiguar el precio actual de un ataúd.

Buenos Aires, 6 de septiembre de 2007.